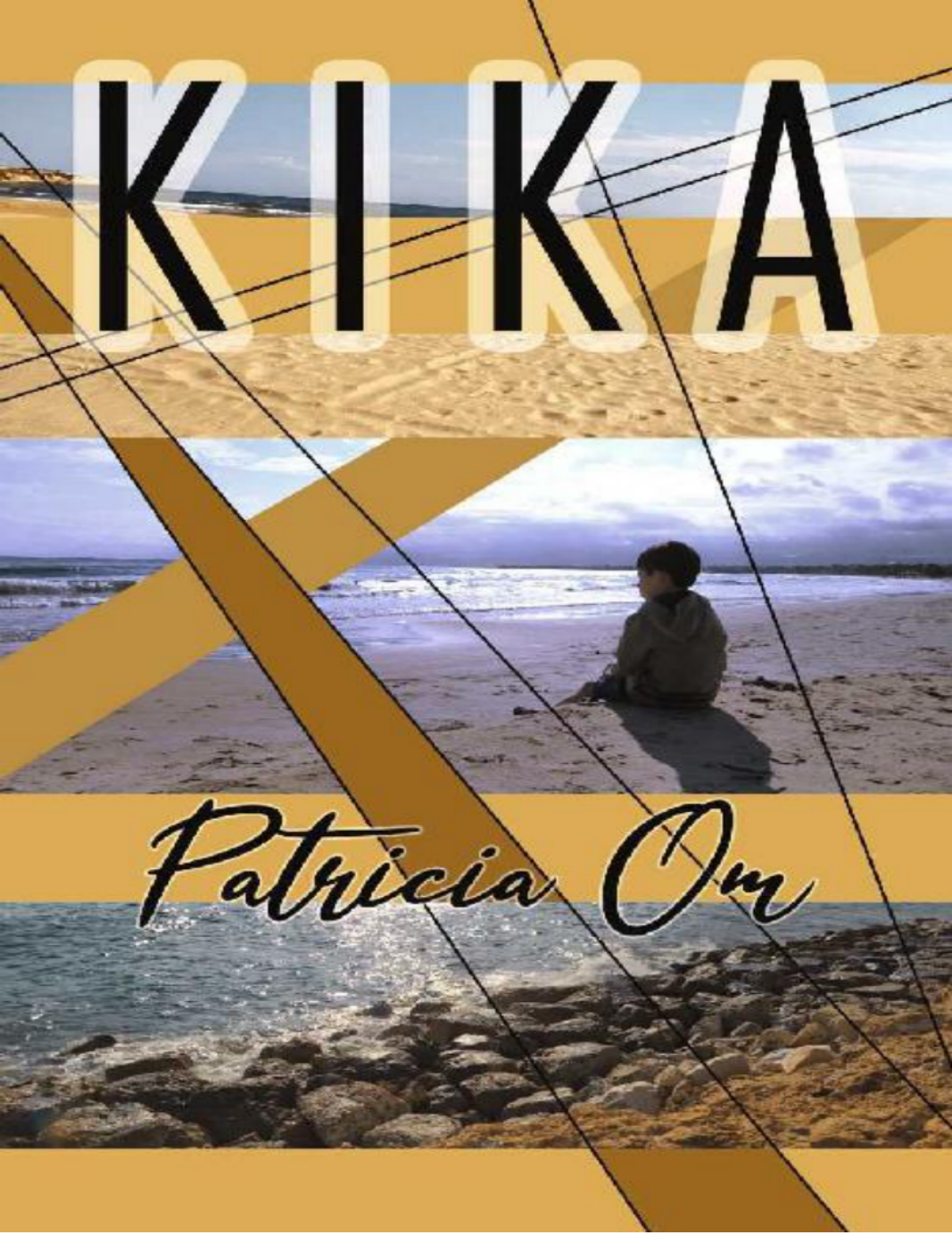
KIKA



Patricia Om

Contents

1. Vergüenza
2. Otoño
3. Ella
4. Kika
5. Amanecer
6. ¿Adónde vas cuando llueve?
7. Súper héroe
8. Nosotros dos
9. Olor a hierbas
10. Quién sos?
11. Temblores del alma
12. Ángel
13. En un campo de colza
14. Moja miłość
15. ¿Hay mar en Bahía Blanca?
16. Dame la mano
17. La jueza y la Pola
18. ¡Volar!
19. Así no me extrañás
20. La princesa misteriosa
21. Once años
22. Que nada te cambie
23. Dobra podróż
24. Tutaj
25. Alicja
26. Verte brillar
27. Ninfa
28. Nosotros tres
29. Alicja Korsviensky
30. Kika y Tiz
Otras obras de la autora

KIKA

Patricia Om

Portada: Rafael Ortega

Página web de la autora

www.patriciaom.com.ar

Copyright © 2021 Patricia Om

Todos los derechos reservados.

Agradecimiento:
A todos aquellos que me ampararon durante mis años más difíciles.

A Patri

1. Vergüenza

Recuerdo que era sábado y hacía un calor insoportable. Mamá estaba en la habitación, metiendo ropa en las maletas mientras papá acondicionaba el auto en el garaje. Estábamos a punto de salir de vacaciones. Íbamos a pasar las fiestas de navidad y año nuevo en casa de mi abuela, la mamá de mi mamá. Luego partiríamos hacia Córdoba, a la casa de tía Juana, hermana de mi papá. Allí nos quedaríamos el resto del verano.

Yo tenía diez años y andaba bastante excitado por los preparativos; correteaba sin parar alrededor de mi padre, intentando que me permitiese ayudarlo.

—¿No tenés alguna novia por ahí, para entretenerte? —me preguntó, en broma.

—¡No tengo novia! —grité, medio riendo. Esos temas me daban muchísima vergüenza por entonces—. Dale, pa! ¡Dejame ayudarte!

—Bueno —contestó resignado—. ¿Te animás a ir hasta a el kiosco de Luis?

—¡Sí!

El kiosco estaba sobre la misma vereda de mi casa, o sea que no tenía que cruzar ninguna calle, cosa que hubiera enloquecido a mi pobre madre, que continuaba viéndome como un nene chiquito.

—Traé cuatro pilas medianas para la linterna; tomá. —Me alargó un billete—. Preguntale a Luisito cuánto sale cada una, sacá la cuenta y fijate bien cuánto te tiene que cobrar.

—¿El vuelto me lo quedo yo? —pregunté con picardía.

Papá movió la cabeza y se hizo el enojado.

—¡Ah, pero esto es el colmo! —exclamó—. ¡Vos te querés hacer millonario a costillas mías! ¡Andá a trabajar! ¡Vago!

Me reí con ganas, contentísimo de que me hubiera confiado un billete de los grandes; lo apreté con fuerza y corrí hasta la puerta. Al salir atropelladamente, sin mirar, me estampé contra algo duro y frío que me dio de lleno en las piernas y la panza. Empecé a saltar sobre un pie mientras me agarraba la rodilla.

—¡Ay! ¡Ay! —me quejé una y otra vez.

Cuando logré respirar mejor miré el armatoste con el que había tropezado, era un carrito de supermercado bastante destartalado, lleno de porquerías y cosas colgando. Una piba más o menos de mi edad, lo empujaba. Me miró como si nunca hubiera visto a un chico. Era casi raquítica y andaba descalza. Medía poco más que yo, tenía el pelo largo, desgreñado y sucio. Sus manos huesudas se aferraban al carro como si le fuera la vida en ello. Su rostro era tan inexpresivo que me

asustó. Dejé de hacer aspavientos y me quedé como un tonto, mirándola también.

Pareció entender que no me había hecho gran daño y continuó su camino.

—¡Tarada! —murmuré cuando pasó por mi lado.

Si contestó no la escuché. Lo único que oía era el traqueteo de las rueditas sobre las baldosas de la vereda. Me miré la rodilla, el raspón era apenas una marquita insignificante.

Para cuando volví a casa ya me había olvidado del incidente. Llegaba con las cuatro pilas, diez sobres de figuritas y un paquete gigante de papas fritas.

Noté que papá se las había arreglado muy bien sin mí para poner el auto a punto así que me tiré panza abajo en la sala, a pegar las *figus* en mi álbum de fútbol.

Para la tardecita ya estaba todo listo. Papá había cargado el auto y mamá tenía preparados los indispensables de cada viaje: mate, termo, galletitas, sándwiches, gaseosas, agua, etc.

Yo estaba exultante. A mi lado, en el asiento de atrás, mis *rollers* brillaban. Mamá los había limpiado como solo las mamás pueden hacerlo; parecían nuevos.

Salimos a eso de las seis de la tarde para evitar el sol fuerte y llegar a Gesell antes de la medianoche. Estaba seguro de que la abuela nos esperaría con algo rico para comer. Teníamos por delante unas cinco horas de viaje porque a papá, (más que nada, a mamá), no le gustaba que fuéramos muy rápido.

No tenía hambre. Había almorzado bien, me había zampado el paquete entero de papas y me había terminado el helado del freezer, pero los sándwiches de milanesa con lechuga y tomate que mamá había preparado para el camino, se veían tan tentadores que insistí en que me diera uno. Me lo alcanzó en una bandejita de plástico con cuatrocientas servilletas y miles de recomendaciones para que no ensuciara el asiento. Estaba a punto de morderlo cuando volví a verla.

Un semáforo nos había detenido y, mientras mis padres recordaban sus años de juventud cantando a los gritos como monos en celo, la observé a través de la ventanilla. Ella también me vio, pero no me dio bola; agachada junto a un montón de basura, parecía buscar algo. El carrito estaba a su lado, con todas las ruedas chuecas. Noté que tenía los ojos del color de la miel. O tal vez era el sol, que le pegaba en la cara y hacía que hasta su pelo mugriento pareciera claro.

De pronto bajó la vista. Había encontrado lo que buscaba, lo miró, lo limpió con sus manos sucias y lo refregó después contra su vestido. Lo volvió a mirar y lo mordió. Sentí asco. Era un pedazo de manzana que ya estaba marrón. El auto arrancó, volví a poner el

sándwich en la bandejita de plástico

—No tengo hambre —dije; y la voz me salió ronca.

2. Otoño

El verano terminó más rápido de lo que me hubiera gustado. Para cuando me di cuenta estaba preparándome para comenzar de nuevo la escuela. Sexto grado. Me sentía grande; estaba a un paso de terminar la primaria y no tenía el miedo, como mis primos de Córdoba, de si me adaptaría o no al futuro colegio secundario puesto que continuaría en el mismo, junto a la mayoría de mis compañeros.

El fin de semana previo a aquel primer día de clases, papá me había llevado a su partido de fútbol.

Todos los sábados a la tarde iba a jugar a la pelota en un pequeño club del barrio. Yo le pedía que me llevara, pero nunca lo hacía. Él y mamá me explicaban que ese era «su momento», el que tenía para estar con sus amigos. Entonces me quedaba protestando en casa mientras mamá se ocupaba de entretenerme como podía.

Con el tiempo me acostumbré y, aunque seguía queriendo acompañarlo, no se lo pedí más. Simplemente lo despedía y seguía mirando dibujitos o jugando con la *play*.

Pero aquella tarde me invitó sin que yo le hiciera el menor gesto. ¡Y acepté con gusto! Claro, yo no sabía entonces que, en realidad, mi papá había decidido llevarme para que mamá pudiera descansar: no se sentía bien.

Sucios, transpirados y riéndonos de toda esa sarta de tonterías de las que pueden reírse juntos un padre y un hijo, regresamos para las siete de la tarde. Papá estacionó en la puerta de casa y me dijo:

—Mientras yo cierro el auto andá hasta el chino y traete una gaseosa grande, bien fría.

Me dio un billete y bajamos.

Y allí estaba ella, a pocos metros de mi puerta. Papá había estacionado a unos centímetros de su carrito, casi sobre el cordón de la vereda. Ella me miraba con esos ojos raros que me parecían tan tristes.

Mi papá ni la miró, cerró el auto y se metió en casa, con el bolso en el hombro, insistiéndome en que me apurara antes de que se hiciera más tarde.

Yo la esquivé como si la pobre tuviera una enfermedad contagiosa, aunque la miré bien. Mis zapatillas, enormes y blancas, me incomodaron frente a aquellos pies huesudos y sucios.

Recuerdo que pensé que era una chica ocre. Todo en ella era del color de las hojas de otoño. Su pelo, su mirada, sus ojos, su ropa, su piel. Todo era ocre.

Cuando volví del supermercado, traía, además de la gaseosa

que me había pedido mi papá y siguiendo un impulso salido de quién sabe dónde, dos paquetes de mis papas preferidas y una gaseosa chiquita.

La nena del carro estaba revisando unas bolsas que alguien había tirado. No eran bolsas de basura sino de esas de papel duro que te dan en las tiendas de ropa cara. Estaban llenas de diarios y revistas. Ella estaba en cuclillas, revisándolas.

Caminé despacio y me quedé parado en la puerta de mi casa, observándola.

Ella volteó un poquito y levantó las cejas con curiosidad.

Metí mucho aire por la nariz, como para darme coraje y saqué, de la bolsa que me había dado la china, uno de los paquetes de papas y la gaseosa chiquita. Me acerqué, no muy decidido, con la cara cada vez más roja, y se los di. Aunque dudó, estiró la mano y los agarró.

Ni gracias me dijo, sólo se quedó viéndome, esperando a que me fuera.

Y me fui. Las gotas de transpiración se me amontonaban en el cuello y mi cara ardía como si hubiera corrido una maratón. Estaba rojo como un tomate. No era que la chica me gustara, al contrario, era una andrajosa que andaba juntando comida de la basura. ¡Puaj! Encima tenía un olor horrible, todo a su alrededor olía a mugre, tenía el pelo pegoteado y pajoso. Pero creo que igual, en el fondo, me parecía linda.

Entré a mi casa corriendo, dejé la bolsa sobre la mesa de la cocina y me metí en el baño, abrí la canilla y puse a llenar la bañera. Mientras, fui a buscar ropa a mi habitación. Entonces escuché que mi papá y mi mamá estaban en su cuarto. No alcancé a entender lo que decían porque hablaban muy bajito. Otras veces había pasado que cuchicheaban en la pieza y yo entraba a los gritos para asustarlos. Entonces me hacían monerías o me metían en la cama y me estrujaban todo. Pero esa vez había algo que lo hacía diferente. Algo, en sus voces o en las medias palabras que no descifraba, me advertía que hablaban de algo muy serio. Aunque los grandes no lo digan, hay cosas que los chicos intuyen. Y saben que no quieren enterarse porque hay una intuición —o el ángel de la guarda— que los protege. Me metí en el baño.

Con la tibieza del agua me sentí genial, me recosté en la tina y dejé que mis brazos flotasen a los costados. Cerré los ojos. El recuerdo de las vacaciones me llenó de alegría y de nostalgia. Tenía que esperar un año para volver a la playa, a la casa de la abuela, o a las sierras, con los primos.

Me acordé de la navidad. La única nena chiquita era mi prima Lucía, que tenía tres años recién cumplidos. Su papá es mi tío Felipe, se había pasado más de media hora disfrazándose de Papá Noel para

llevarle los regalos. (El resto de los primos ya estábamos grandes para esas cosas). En cuanto lo vio, Lucía aplaudió, contentísima, con unos simpáticos saltitos gritando «¡Papá, papá!». Por supuesto, todo el mundo estalló en carcajadas. Al recordarlo volví a reír.

—¡Tiz, mamá necesita el baño! —La voz de mi papá me devolvió al presente.

—¿No puede esperar? —protesté sin moverme de la bañera.

—No. ¡Salí ya! —El tono de su voz me asustó. Fue un tono imperativo, que nunca antes había empleado conmigo. Salí de un salto, me envolví en el toallón y abrí la puerta. Nunca había visto así a mi mamá. Ni imaginé que la vería peor después.

3. Ella

Las clases de fútbol comenzaron. Le pedí a papá que me anotara en otro turno más, así que empecé a ir cuatro días a la semana en lugar de dos. No quería pasar tanto tiempo en casa. Había algo ahí que me asustaba. Ya no se sentía tan alegre como antes.

Al principio no quiso saber nada, pero mamá lo convenció durante una cena.

—Dejalo que vaya si le gusta. ¿Qué va a hacer acá?

Se habían mirado con los ojos tristes y a mí se me había hecho un nudo en la garganta, pero no dije nada. No sabía qué, pero algo pasaba. Y era algo triste.

Una mañana de llovizna y frío, papá me dejó, como siempre, en la puerta del colegio. Joaquín y Franco me estaban esperando, muy divertidos. Después de saludarnos con nuestro saludo secreto, me contaron la travesura que habían hecho: habían puesto hormigas en la mochila de Dolores.

Franco había llevado los insectos, sacados del jardín de su casa, en un frasco; Agustín, aprovechando que Dolores moría por él, la distrajo dándole la oportunidad al otro de dejar los bichitos dentro de su bolso.

El timbre sonó y corrimos al salón de clases. Dolores había colgado la mochila en el respaldo de su silla y charlaba, despreocupada, con sus compañeras. Era una chica muy buena, siempre estaba dispuesta a ayudar, pero no era bonita; si lo hubiera sido ni a Franco ni a Joaquín se les hubiera ocurrido hacer algo así. A Romina, por ejemplo, jamás se lo hubieran hecho. Era la nena más linda del colegio, tenía unos ojos color esmeralda que te dejaban sin aliento.

La maestra entró y nos sentamos. De pronto, Dolores saltó de su silla y empezó a gritar agitando las manos. A las chicas les encanta gritar, así que todas empezaron a hacerlo. Se armó un revuelo terrible.

Las exageradas se subieron a los pupitres enloquecidas, como si hubieran visto ratas en lugar de indefensas hormiguitas.

Joaquín, Franco y yo no podíamos parar de reír. Se nos unieron el resto de los varones y nos descostillamos de risa.

Terminamos todos en la dirección con un sermón de la señorita Ríos, que era la directora. Nos hizo una nota para nuestros padres, que debíamos llevar firmadas al día siguiente. Eso sí, ninguno mandó al frente a Franco, aunque creo que no hacía falta. La *seño* ya nos conocía muy bien.

Papá me pasó a buscar a la salida, lo cual me pareció

sumamente raro. Mi casa estaba a cuatro cuadras y, como no tenía que cruzar ninguna avenida, habíamos quedado en que, a partir de ese año, me permitirían volver caminando con los chicos. Cuando vi el auto en la puerta me pregunté si la señorita Ríos habría llamado a casa para contar lo de las hormigas.

Pero no. Papá me saludó con una sonrisa y me dijo que iríamos a comer a McDonald's, después me alcanzaría al club.

—¿No trabajás hoy? —pregunté, extrañado. Era raro que no estuviera en el banco a esa hora.

—Hoy tengo un permiso especial —replicó—. Voy a acompañar a mamá al médico.

Me corrió un escalofrío por la espalda, pero no pregunté nada.

—Voy a pedir un súper combo —anuncié sin mirarlo—. ¡Tengo un hambre!

No contestó.

Nunca olvidaré aquella tarde. La llovizna era finita, finita. Hacía bastante más frío que los días anteriores.

Después de que nos entregaron los pedidos fuimos, en silencio, hasta el piso de arriba. Nos sentamos contra un ventanal. No había mucha gente. Luego de preguntarme sobre la escuela y de que yo omitiera, deliberadamente, lo de las hormigas, papá se puso algo más serio. Entonces me contó que mi mamá estaba enferma. Muy enferma.

—¿Se va a curar? —pregunté mientras mojaba una papa frita en el *kétchup* y me la llevaba a la boca.

Él suspiró y se quedó callado un ratito. Creo que no sabía cómo contestarme. Finalmente dijo:

—No sabemos. Los médicos están haciendo todo lo que pueden, por eso la voy a acompañar al doctor. Y vamos a tener que ir algunas veces más. Lo único que necesitamos, mamá y yo, es que sigas siendo el mismo de siempre, que te portes bien y que no nos des trabajo, ¿de acuerdo? La abuela va a pasar unos días con nosotros.

Asentí con la cabeza, sintiéndome pésimo por lo de las hormigas. Rogué que la *seño* no descubriera a Franco y llamara a sus padres. No quería que mi papá se enterase, se pondría más triste todavía.

Cuando terminamos de comer me sentía un zombi. No sabía si estaba triste o no. Le dije a papá que teníamos que pasar por casa a recoger mi bolso de fútbol, aunque no sabía si quería ir o prefería quedarme en casa y perderme en la *play*. Ni siquiera registré el momento en que subí al auto.

Mamá estaba en la cocina; la vi más flaca. Quizá era solo mi imaginación, por lo que acababa de enterarme. Ella estiró el brazo para que me acercase. La abracé por la cintura, que me pareció más chiquita que nunca. Ella me abrazó la cabeza. Sentí su aliento cálido

en el pelo, como un suspiro. Después me dio un montón de besos y me sonrió, tan dulce.

—¿Cómo te fue en la escuela? —preguntó, sosteniendo mi rostro entre sus manos blandas.

—Bien. —No pude decir más. Salí corriendo a mi cuarto, me cambié rápido, agarré mi bolso y grité un «¡Chau!».

—Esperá —me detuvo papá—, tomá, por si no volvimos cuando llegues del club.

Me dio un arito con dos llaves. Mis llaves. Las agarré con rabia y las metí en el bolsillo.

En el club no di pie con bola. Literal. Todo me salió horrible. Metí un gol en contra y perdí varios pases. Los chicos me odiaron aquella tarde. No me importó. Estaba furioso. No sabía con quién ni por qué. Hasta al *profe* le contesté mal. Después me acordé de lo que me había pedido mi papá y me disculpé. El *profe* lo aceptó. Le dije: «no, nada», cuando me preguntó si me pasaba algo.

Al salir ya era casi de noche. ¡Hacía un frío!

La mamá de Tomás se ofreció para acercarme a casa en su auto. Me negué. Quería caminar.

—¿Qué pasó con tus papás, que no vinieron? —preguntó, preocupada.

«¡Qué te importa!»

—Nada, yo les pedí que quería volver solo. ¡Chau!

Hice una cuadra y volví a escuchar ese traqueteo que ya me resultaba conocido. Me apuré a llegar a la esquina y ahí estaba ella. La chica del carrito. Se detuvo cuando me vio. La miré otra vez, de arriba a abajo, tenía unas zapatillas de lona mugrientas con la suela medio salida, el mismo vestido de siempre y un saquito tejido, lleno de agujeros.

—¿Tenés frío? —le pregunté. Ella afirmó, moviendo la cabeza sin quitar sus ojos de los míos ni las manos de su carro.

Me saqué la campera y se la di. Ella dudó, miró hacia todos lados.

—Te la regalo —aseguré—. Yo tengo más.

Estiró el brazo y la agarró despacio. Despacio también, se la puso, manteniendo siempre una mano en el carro.

—Te queda muy bien. —Intenté sonreír, pero no pude, un nudo me cerró la garganta; los ojos se me llenaron de lágrimas y empecé a gemir como un chico chiquito. Ella soltó el carro y comenzó a quitarse la campera. Yo moví la mano, negando.

—No, no —sollocé—. De verdad es tuya. Pasa que... mi mamá... mi mamá se va a morir....

Ella, tan sucia, tan sola, tan extraña, sintió pena por mí. Se

quedó viéndome sin emitir sonido. Se acercó, como con miedo. Primero me tomó la mano y después de un ratito, me abrazó.

4. Kika

Adentro mío había silencio. No tenía ganas de hablar con nadie. Me alejé de las travesuras y de mis compañeros de escuela.

Mi mamá estaba enferma.

Iba a fútbol, eso sí. Ahí no hablábamos demasiado entre nosotros. Era una hora en la que el *profe* nos tenía de acá para allá, corriendo, saltando, sorteando conos, elongando. No había tiempo para charlas, por eso, en aquellos días me gustaba ir, incluso más que antes.

La última media hora era el partido, nos dividíamos en dos equipos. El *profe* elegía dos pibes al azar que oficiaban de capitanes y éstos elegían, alternadamente, a los compañeros que querían en sus equipos. Yo siempre quedaba entre los últimos. No es que me importara demasiado, no pretendía que me llamaran de la selección. Iba al club porque me gustaba jugar a la pelota. Nada más. Igual el *profe* nos iba rotando y tarde o temprano, jugábamos todos.

Ese día me había elegido Catriel, que se creía Maradona. Nunca antes me había llamado a su equipo y yo venía de una racha pésima con el arco contrario. Pero claro, sólo quedábamos Salva y yo. Y Salva... bueno, era terrible con la pelota. Yo solía pensar que sus padres lo mandaban a fútbol como castigo por... algo. Era evidente que no le gustaba y que sufría en el club. Todavía recuerdo las burlas de mi grupo cuando al equipo contrario no le quedó más remedio que quedarse con él.

Yo era bastante alto para mi edad, rollizo. Sin llegar al punto de que me llamaran «gordo», pesaba bastante más de lo que debía. Salva, en cambio, era flaquito y tenía cara de ratón. Confieso que, aunque siempre me había dado un poco de pena, me encontraba entre los subnormales que solían reírse de él. Nunca le hice nada, porque no le haría daño físico a alguien, pero reconozco que me había burlado mucho.

En aquellos días sentía más pena. Mucha más que antes. Hacía fuerza para no llorar cuando veía (porque ahora lo notaba; antes no, o no quería notarlo) que lo empujaban a propósito, o que se reían cuando se caía.

Yo hacía lo mismo. Antes.

Antes de saber que mi mamá estaba enferma, antes de «los médicos están haciendo lo posible por salvarla». Eso me había dicho papá. Y se me había quedado, la frase, grabada en el alma.

Me puse detrás de los secuaces de Catriel y, por supuesto, fui al banco. Éramos quince esa tarde. A Salva lo pusieron a jugar antes que

a mí. Enseguida fue al suelo. Se levantó y siguió. Otra vez al suelo. En un momento, cuando el *profe* estaba hablando con uno de los chicos, Catriel lo empujó y le pegó con los botines en el brazo. Por nada. Por pegarle nomás. El pobre Salva se quedó tendido en el piso, llorando de dolor. Para cuando el *profe* fue a verlo, Catriel ya estaba con sus compañeros, muerto de risa, tomando agua. Me miraron y rieron buscando mi complicidad. No me reí. No tenía ganas. El *profe* llevó a Salvador a un costado y la enfermera del club lo revisó, no tenía nada grave.

Entré en los últimos cinco minutos. Ninguno había hecho gol todavía. No sé qué me pasó. Tuve el arco vacío y la pelota era mía. Le pegué con la derecha, con todas mis fuerzas y entonces escuché: «¡Uuuu!». Mis compañeros se agarraron la cabeza y los contrarios se rieron. Me había equivocado de arco.

En realidad, no me había equivocado. Yo sabía que ése era mi arco y que no tenía que patear hacia él. No sé por qué lo hice. Sólo miré a Salva y sonreí. Él me sonrió también.

—¡Nunca más te llamo! *¡Loser!* —me gritó en la oreja, Catriel, cuando pasó al lado mío. Yo me reí y levanté el dedo medio de mi mano derecha.

—¿Vos también sos maricón? —masculló Lucio, el mejor amigo de Catriel. Otro que se creía Maradona.

—¡Puto! —susurré por lo bajo (para que no me escuchara, ¡a ver si se me venían todos encima!), y terminé de ponerme la campera. Era la bordó.

Me acordé de la chica del carrito; la veía casi todos los días. Nadie más parecía notarla. Ni siquiera mi papá se dio cuenta de que la chica llevaba puesta mi campera azul cuando le pasó por al lado, la tarde anterior. No podía culparlo, su cabeza estaba en otro lado. Tal vez las otras personas también tenían la cabeza en otro lado y por eso no la notaban.

La encontré en mi vereda, casi a la noche. Parecía estar esperándome. Me miraba con sus ojos neutros, sentada en el cordón, con el carrito a su lado.

—¿No tenés unas zapatillas para darme? —me preguntó. Y no me pareció que le diera vergüenza andar pidiendo cosas por la calle, lo cual me pareció bárbaro. Si las necesitaba, ¿por qué no las iba a pedir? Mi mamá siempre tuvo la idea de que era vergonzoso andar pidiendo cosas a otros.

Miré sus zapatillas; alguna vez habían sido azules. Se veían sus dedos flacos por los agujeros y la suela le chancleteaba al caminar.

—¿Cuánto calzás? —pregunté. Ella encogió los hombros—. ¿No sabés cuánto calzás? —¡Era increíble! Me reí. No sé de qué.

—No.

No se inmutó, no pestañeó ni dejó de mirarme fijo a los ojos. Yo sonreí como un estúpido y volví a mirar sus pies. Me acordé de unas Topper de lona que me habían quedado chicas. Por ahí le servían.

—Esperame acá que te busco unas. Esperá.

Entré corriendo a mi casa. Papá estaba sentado en la cocina, solo, con una taza adelante. El televisor estaba encendido, pero no lo miraba. Tenía los ojos perdidos en el vacío, los brazos cruzados, las piernas estiradas, recostado sobre el respaldo de la silla.

—Hola —saludé. Levantó la cabeza de golpe y después de unos segundos, me sonrió.

—¡Hola campeón! —dijo en voz baja. Se levantó y me abrazó con fuerza—. ¿Cómo te fue?

—Bien. ¿Mamá? —Me asustaba que hablara en voz baja.

—Está descansando; está bien. ¿Tenés hambre? Andá a bañarte que comemos. ¡Preparé milanesas con puré!

—Sí; ¡primero voy a buscar algo a la pieza! —Fui corriendo a mi habitación y abrí el ropero. Ahí caí en cuenta de la cantidad de ropa y zapatillas que tenía y que no usaba, ya sea porque no me entraba o porque no me gustaba. Busqué desesperado las Topper rojas que había usado dos veces.

En un rincón, dentro de una bolsita en la que, seguramente las había puesto mi mamá, las encontré. Estaban en muy buen estado. Me las había regalado mi abuela y se había equivocado de talle; nunca le dije nada porque me daba pena que hubiera gastado plata y que no me anduvieran. ¡Pobre abuelita! Al año siguiente había muerto. Era la mamá de mi papá.

Cuando salí de mi cuarto vi luz en el de ellos, me acerqué y espié por la puerta entreabierta. Mamá dormía y papá, tirado en la cama a su lado, la miraba. Sólo la miraba. Sentí frío en el corazón.

Volví a la cocina. Sobre la mesada había un paquete envuelto en el papel de una casa de comidas donde solíamos pedir. «Preparé milanesas con puré». Sonreí con los ojos húmedos. Lo abrí. Había cinco milanesas y una fuentecita plástica llena de puré.

En el armario, mamá guardaba pilas de bandejitas de telgopor. Agarré una, esperando que mi papá se quedara un rato más en la pieza. Puse una milanesa y dos *cucharadotas* de puré. Me pregunté si la chica del carrito tendría cuchillo para cortar la milanesa, no me animaba a llevarle uno, ¿y si era una asesina y yo le estaba dando un arma?

Agarré un par de cubiertos y se la corté yo. Agregué una cuchara, de las más viejas, y metí todo en otra bolsita con cuidado para que no se desparramara nada.

Salí corriendo otra vez. El carrito seguía en el mismo lugar.

—¿Encontraste algo para mí? —Su voz salió de atrás mío. Me di cuenta de lo suave que sonaba. Se había acurrucado en el umbral de la casa de al lado—. Tenía frío —explicó. Me acerqué y me senté a su lado. Le di las bolsas; abrió la primera y sacó una zapatilla. Me miró, muy seria.

Se sacó el andrajo que llevaba puesto y yo me tapé la nariz con los dedos pensando que iba a sentir un olor espantoso, pero no. Todo en ella olía tan mal, que si había un aroma más potente en sus pies, pasó desapercibido. Se calzó la zapatilla y fue la primera vez que la vi sonreír. La primera vez que me emocionó una sonrisa. Se calzó la otra y abrió la bolsa con la comida.

—Me llamo Tiziano —dije.

—Yo soy Kika.

Me dio la mano, le di la mía y las estrechamos, como los adultos. Y no paramos de reírnos como dos tontos mientras ella devoraba la milanesa.

5. Amanecer

La ambulancia se había llevado a mi mamá con un tubo de oxígeno pegado a la boca. Me asusté muchísimo. Papá me puso una campera sobre el pijama y me subió al auto. Fuimos detrás de la ambulancia hasta el hospital. No a la clínica donde se atendía siempre. Fuimos al hospital; no sé por qué.

Una vez que bajamos, me quedé sólo en los pasillos. Mi papá había ido con ella.

No tenía idea la hora que era, pero era de noche. Hacía un frío tremendo. Me senté en una de las sillas verdes, incómodas, y miré a mi alrededor. Un linyera dormía acurrucado en una esquina. Desprendía un olor terrible.

Otro dormía sentado, a pocos metros de mí, pero de ese no salía mucho olor. Y no había nadie más. Pensé en Kika. ¿Dónde estaría su casa? ¿Tendría casa? No parecía. «Cuando la vea de nuevo le voy a preguntar». En realidad, no me animaba a preguntarle mucho. Cerré los ojos y recordé la tarde anterior, cuando le había llevado la milanesa con puré. ¡Qué rápido se lo había comido! Me había dicho que creía tener doce años. ¿Cómo puede alguien no saber la edad que tiene? Yo le había contado que el mes siguiente cumpliría once y le aseguré que si me hacían fiesta la iba a invitar. Ella largó una carcajada.

—¡No te van a dejar que me invites!

—¿Por qué no? ¡Si es mi fiesta y es mi cumpleaños!

—No tengo ropa, ni zapatos.

A mí me había entristecido su respuesta, pero ella no pareció ponerse triste. Igual no le había hablado más del asunto. Después vería. Tal vez mi mamá podría prestarle algo de ropa, aunque quizá le quedaría grande. Después vería. Tendría que bañarse primero. ¿Se habría bañado alguna vez? ¿Tendría mamá?

—¡Tiziano! —La voz de mi papá me hizo abrir los ojos—. Nos vamos.

—¿Y mamá?

—Se va a quedar hasta mañana, le tienen que hacer unos estudios.

—¿Pero está bien?

—Sí... sí, no te preocupes, se descompensó un poco, nada más, por la medicación que está tomando. Mañana va a estar en casa.

Subí al auto en silencio. Me sentí mal porque no sentí nada. Mi papá tenía los ojos llorosos, se metía los mocos para adentro a cada rato. Y yo, nada. Me daba lo mismo si mi mamá seguía en el hospital o

si volvía a casa. No sé por qué no tuve miedo... Igual, casi no la veía. O estaba durmiendo o no se sentía bien; o yo estaba en la escuela, o en fútbol. Mi casa se sentía demasiado silenciosa últimamente. Mi papá iba y venía todo el día, siempre ocupado. Que el trabajo, que el hospital, que la clínica, que la farmacia, que mi mamá... No sé por qué lloré, si no sentía nada. Me largué a llorar como un tonto. Mi papá frenó el coche y me abrazó. Y él también lloró.

—Tengo hambre —dije. Y era cierto.

—Bueno, vamos a casa y nos tomamos un hermoso café con leche y tostadas.

—No hay pan ni leche —repuse, pasándome la mano por la nariz, porque se me caían los mocos.

—No importa. Vamos a buscar un bar que esté abierto.

Me recosté en el asiento y miré por la ventanilla. Fue la primera vez que vi un amanecer. El cielo comenzó a iluminarse de a poquito detrás de los edificios. Me impresionó el color que iba tomando, celeste brillante mezclado con naranja y blanco. Me llamó la atención que los edificios más alejados parecían negros, como si fueran sombras. Como en las películas.

Paramos en un barcito, en una esquina. Estaba vacío. El tipo que atendía estaba barriendo la vereda. Cuando entramos dejó la escoba.

—¡Parece que va a estar linda la mañana! —le dijo a mi papá.

—Parece, sí... ¿Puede ser dos cafés con leche y medialunas?

—¡Por supuesto, marchan enseguida!

Desayunamos un poco tristes. Papá quería hacerme alguna broma, pero no le salía. A mí me empezó a agarrar sueño, quería dormir.

—¿Tengo que ir a la escuela? —Me acordé de golpe.

—No. Hoy te podés quedar en casa, pero vas a tener que quedarte solo porque yo tengo mil cosas para hacer; tengo que ir a trabajar....

—No hay problema. ¿A fútbol puedo ir?

—Sí, claro.

—Pa...

—¿Qué?

—¿Podemos pedir otro desayuno como éstos, para llevar?

Mi papá me miró, sorprendido.

—Si tenés hambre podemos...

—No. No es para mí. Es para Kika.

—¿Para quién?

—Para Kika, mi amiga. Vive en la calle.

Mi papá apoyó el codo sobre la mesa, la cara sobre la mano.

—La milanesa que faltaba anoche...

—Sí, se la di a ella...

Ahora fue él, el que empezó a llorar. Parpadeaba y las lágrimas le rodaban, formándole surquitos brillantes en las mejillas.

El señor que nos había atendido se acercó con cara de preocupado. Mi papá sacudió la mano, como para tranquilizarlo, después la metió en su bolsillo y sacó la plata.

—Traiga otro desayuno, por favor. Para llevar.

6. ¿Adónde vas cuando llueve?

Para finales de mayo, mi vida se había convertido en un caos en el me costaba horrores vivir. Mi abuela se había instalado en casa. Mamá se levantaba poco de la cama y mi papá estaba cada vez más flaco y más protestón. Él y mi abuela discutían mucho. Aunque lo hacían en voz muy baja, a veces los escuchaba. Discutían por los tratamientos de mi mamá. La abuela quería que los médicos hicieran algo que mi papá no quería porque mi mamá no quería. No sé qué era.

El caso es que llegaba de la escuela y mi abuela estaba con cara de haber llorado un montón, me daba la comida y se ponía a lavar la ropa, a limpiar la casa, o a qué se yo qué más. A veces se metía en mi cuarto y quería ordenarlo, pero yo no la dejaba. También, cada dos por tres, venían las amigas de mi mamá. Todo el mundo estaba triste.

Me molestaba ver las caras largas de todos ellos. Iba a fútbol cada vez más temprano y volvía cada vez más tarde. Me quedaba charlando con Kika, que me esperaba siempre con su carrito a la vuelta del club y me hacía reír.

Una tarde no la vi y me extrañó mucho. Yo iba charlando con Salva, que tenía media boca hinchada por una patada horrible que le había dado Catriel durante el partido. Íbamos, en realidad, con su mamá, que por poco se había comido vivo a Catriel por lo de la patada. Tuvo que intervenir el *profe*, que si no...

Los dejé en la puerta de su casa y seguí para la mía, mirando para todos lados, por si veía a Kika, de la cual no le había hablado a nadie, más que a mi papá. Por aquél entonces me daba un poco de vergüenza que se supiera que era amigo de una piba de la calle.

Estaba por doblar la esquina cuando escuché el grito de una voz que me resultó conocida. Me quedé de piedra, me pareció un grito de dolor, cortito, como cuando alguien te da una piña. Me di vuelta y no vi nada. La gente empezó a correr porque había empezado a lloviznar, nadie parecía haber escuchado.

Decidí seguir porque las gotas eran cada vez más gruesas. Y entonces escuché otro grito. ¡No podía ser que nadie más lo oyera! Cada vez había menos gente en la calle. Sonó un trueno fuertísimo y entonces corrí hasta mi casa.

—¡Llegué! —grité al entrar. Nadie contestó. Tiré el bolso en uno de los sillones y me asomé a la habitación de mis padres. No había nadie. Hice memoria, a ver si me habían dicho que iban a ir a algún lado. No que yo recordase. Fui a la cocina. Sobre la mesa había un papelito: «Llevamos a mamá a la clínica. Todo está bien, no te preocupes. En la heladera hay comida. Volvemos en un rato».

Abrí la heladera y saqué una botella con agua. Me senté, no supe qué hacer. ¿Sería Kika la que había gritado en la calle? A mí me había parecido que era su voz.

¿Estaría bien, mi mamá? Tenía un nudo en la garganta. Para desatarlo, me tomé la botella entera. Llovía a cántaros. Me pregunté dónde se metería Kika cuando llovía de esa forma. Y me largué a llorar. Andaba muy llorón por aquellos días. Pero también había algo dentro de mí que bullía y me quemaba. No sabía qué. Yo no era muy valiente que digamos, tampoco era miedoso. Prudente, diría mi abuela. Pero algo se había encendido dentro mío, una especie de valentía desconocida.

Por eso debo haber decidido ir a buscar a Kika. Necesitaba saber que estaba bien, ver adónde se metía cuando llovía, con quiénes vivía. Le había preguntado y ella me había contestado que vivía sola. Pero una nena de once o doce años no vive sola. Aunque sea una nena de la calle.

Fui a mi pieza, me puse la campera con capucha y unas botas de goma que no me gustaban.

Y aunque tampoco me gustara, cuando pasé por el comedor, agarré un paraguas de mi papá del paragüero que estaba cerca de la puerta. Garabateé una nota: «Fui a lo de Salva, después vengo» y la dejé en la cocina, en el mismo lugar donde ellos me habían dejado la otra nota.

Cuando salí llovía con toda la furia. Juro que lo pensé dos veces, parado en la puerta de casa. No sé por qué, pensar en Kika me estrujó el corazón.

Y allá fui. A buscarla sin saber adónde. ¡Hacía un frío! ¿Adónde iba a ir? Si nunca me dijo por dónde «vivía sola».

Me palpé el bolsillo; además de tener la llave tenía algo de plata. Porque eso sí, con todo lo de mi mamá, lo que nunca me faltaba era plata. Me daban plata todo el tiempo. Si iba a la escuela, a fútbol, a lo de Joaquín o a lo de Franco. Hasta si les decía que iba a la puerta me daban plata. Bueno, tampoco es que tenía millonada de pesos, pero tenía más de lo que solía tener un niño de mi edad.

Había hecho dos cuadras cuando me topé con un terreno baldío cercado por un alambre tejido, roto en un costado. Miré hacia adentro. Por mirar nomás. Y ahí vi el carrito. No estaba tapado ni nada. Pero estaban todas las cosas de Kika, empapándose, en lo que habría sido la entrada de un edificio que se había empezado a construir y que no se terminó.

Me metí por el agujero del alambre tejido con un poco de miedo. Ya era de noche. No era tarde, pero estaba oscuro. Al carrito lo vi porque la luz de la calle le daba justo.

—¡Kika! —llamé por lo bajo, ¡qué sabía yo si podía salir

alguien y correrme a escobazos!

Atravesé lo que habría sido el jardín del edificio, lleno de escombros, y llegué hasta unas paredes, no muy altas. Se veía una lona a modo de techo.

—¡Kika! —Volví a llamar un poco más fuerte. Nada

Entonces me metí detrás de las paredes. Y la vi. No grité de lo mucho que me asusté. Estaba acurrucada contra un rincón, llena de sangre y lloraba, desconsolada. Tenía la cara mugrienta de lo que se había refregado tanto las lágrimas. Y estaba descalza otra vez.

7. Súper héroe

No sé cuánto tiempo estuve ahí, con ella, abrazándola sin que me importase lo sucia que estaba ni el olor que tenía; la abracé porque quería hacerlo, tal vez yo también quería que alguien me abrazara. Lloré con ella sin saber qué le había pasado. Los dos necesitábamos llorar.

Estábamos empapados y teníamos frío. Mucho, mucho frío. Tanto, que se nos golpeaban los dientes de abajo contra los de arriba y no podíamos hablar.

—Vení conmigo —dije de pronto, extendiendo mi brazo, poniéndome en pie.

Ella se paró a mi lado y agarró fuerte mi mano con las dos suyas. Le miré los ojos, rojos de tanto llorar. Igual estaba hermosa.

Me convencí en ese momento de que, si solo yo la había escuchado gritar era porque solo yo podía ayudarla. Como si un súper poder me hubiera sido revelado y nadie más que yo, pudiera oírla.

Debía ser por algo. Tal vez ésa era mi misión: cuidarla.

Claro que, a esa altura de mi vida, yo ya sabía que los súper héroes no existían, pero en aquel momento medio que me sentía uno.

Antes de salir de la tapera quiso guardar su carrito. Lo metió en una de las piezas. Lo tapó con una lona llena de agujeros y ahí quedó. Y nos fuimos.

Mientras caminábamos bajo la lluvia helada me acordé de cuando mi mamá me hablaba del destino. «Todo pasa por algo», me decía. Había muerto mi abuela, la mamá de mi papá y yo no entendía por qué Dios quería llevarse a una señora que apenas veía, no iba a ayudarlo mucho allá en el cielo. En cambio, acá abajo, a mí me resultaba muy útil, me hacía unas tortas de chocolate con dulce de leche que eran para chuparse los dedos, me hacía reír todo el tiempo, más si estaba triste por algo.

Mamá me decía que lloraba porque la iba a extrañar, pero que había que acostumbrarse a recordarla con alegría, que «todo pasa por algo».

Poco tiempo después, mi tía Juana quedó embarazada, hacía mucho que quería un bebé, y cuando ya parecía que no iba a poder, quedó. «Todo pasa por algo», volvió a decir mi mamá.

Estaba convencida de que mi tía dejó de pensar en lo triste que era su vida sin hijos cuando murió su mamá, mi abuelita, entonces su cuerpo dijo, «ahora sí, puedo dar vida». Algo así me explicó mi mamá. No entendí mucho, pero me acordé de todo eso mientras caminaba con Kika hacia mi casa.

Me costó meter la llave en la puerta porque la mano me temblaba de frío. Le había dado mi campera a Kika que ya no tenía, ni la que yo le había dado ni las zapatillas.

Mi casa estaba vacía. Igual entramos despacito. Fui hasta el baño y tapé la bañera. Fue lo primero que se me ocurrió. La llené con agua caliente y le dije que se metiera dentro, que se iba a sentir mejor. Era lo que me decía mi mamá cuando andaba algo enfermucho.

Ella no dijo nada, la dejé sola y fui corriendo a mi cuarto, me saqué todo y me puse ropa seca. Después corrí al lavadero, agarré un trapo de piso y el secador, y fui a limpiar el rastro de agua y mugre que habíamos dejado en la sala y el comedor. Habíamos entrado por la puerta del frente (normalmente, usábamos la del costado, pero como no tenía techo, cuando llovía, usábamos la del frente).

Una vez que terminé, me di cuenta de que mi nota seguía en el mismo lugar. Nadie había pasado por la casa. ¿Estaría bien mi mamá? Pensé que sí, que lo estaría, ya que estaba con mi papá y con mi abuela, que era su mamá. Uno siempre se siente mejor cuando su mamá está cerca.

Fui a la pieza de mis padres y abrí el ropero, busqué ropa de mi mamá. Me dio un poco de vergüenza ver su ropa interior, pero bueno, agarré la bombacha más chiquita que encontré. No me pareció que Kika usara corpiño así que ni los toqué.

Después agarré una calza que parecía demasiado pequeña, pero cuando estaba puesta se estiraba y quedaba muy linda, supuse que a Kika le iba a ir bien. Después agarré una remera y un saquito de mi mamá, medias y sus pantuflas de Garfield, que eran muy graciosas pero que nunca usaba. Se las había regalado una de sus amigas. Creo que no le gustaron.

Mientras tanto, le pedía a Dios que ayudara a mi papá, a los médicos y a la abuela a cuidar de mi mamá, que parara de llover para que Kika pudiera irse sin mojarse otra vez, y que nadie volviera durante un buen rato a mi casa.

Golpeé la puerta del baño.

—¡No entres! —gritó Kika.

—No, no —respondí, poniéndome todo colorado (no sé por qué, si no me veía nadie)—. No voy a entrar. Te dejo acá unas ropas que te pueden servir.

Apoyé el montoncito de prendas en el piso, pegado a la puerta y fui a la cocina, a ver qué podíamos comer. Yo tenía hambre y me imaginé que ella tendría también.

Estaba seguro de que siempre tenía hambre.

Se me apareció un momento después, mientras yo luchaba con una tarta de verduras que, seguramente habría hecho mi abuela. Intentaba pasarla al plato del microondas para calentarla.

Kika me miró con sus ojazos color miel, llenos de lágrimas. Se tapó la cara con las dos manos y siguió llorando.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Sólo atiné a rodearla con mis brazos y apretarla contra mí. Ella me abrazó también.

—¡Me duele! —sollozó.

Entonces escuchamos que se abría la puerta. Mi familia estaba de regreso.

8. Nosotros dos

Había venido solamente mi papá. Mi abuela se había quedado en el hospital porque mi mamá no estaba muy bien que digamos.

—¿Qué pasó? —pregunté con unos nervios terribles, saliéndole al paso en el comedor. Mi cara debe haber parecido un tomate.

—Nada, nada, mi amor —contestó en voz muy baja, mi papá. Me asusté de lo flaco que estaba, y ojeroso. Parecía un fantasma; estaba muy blanco, me pareció que hasta tenía arrugas. Nunca le había visto arrugas en la cara. Se dejó caer en el sillón.

—¿Mamá está bien? —Me temblaba la voz.

—Más o menos, la abuela está con ella ahora. Yo te vine a buscar...

—¿Para qué? ¡No! ¡Yo me quiero quedar en casa! —protesté. Me miró, desconcertado. No esperaba esa reacción.

—Pero..., es que yo tengo que volver a la clínica. Vine a buscar unas ropas para mamá... y a vos.

—No, yo me quedo acá —repetí, intentando parecer bien seguro con mi decisión—. No me gustan las clínicas.

Mi papá frunció el entrecejo, no entendía nada. A mí nunca me había gustado quedarme solo en casa, y menos de noche, y con tormenta. Claro, él no sabía que Kika estaba debajo de mi cama, escondida, esperándome.

—¿Estás seguro?

—Sí. La abuela dejó una tarta y hay más comida en la heladera. No te preocupes. Yo me quedo mirando la tele hasta que me duerma. Vos andá con la *abu* y cuiden a mamá.

—¿No vas a tener miedo?

—No.

—Bueno, por las dudas, te voy a dejar mi celular. Vos ya sabés como se usa. Cualquier cosa llamás al *celu* de mamá, lo tengo yo.

—Dale, no te preocupes. En serio. Ya soy grande.

Esperé con paciencia a que se diera una ducha, se cambiara, comiera algo, preparara un bolso con ropa para mi mamá y me hablara hasta por los codos, intentando convencerme de ir con él. Creo que le provocaba culpa dejarme en casa. El pobre creía que me dejaba solo.

Finalmente, después de un rosario de advertencias, se fue. Ya no llovía tanto. Cerré la puerta con llave y corrí hasta mi cuarto. Kika estaba sentada en mi cama, ni se asustó cuando entré.

—¿Se fue? —Me miró con sus ojos inmensos. Asentí con la cabeza. Ahora que estaba limpia, parecía más linda, más grande; y a

mí me daba más vergüenza hablar con ella.

—¿Y tu mamá? —Su voz sonó blanda.

Hice una mueca, porque tenía ganas de largarme a llorar. Ella estiró su mano y la agarré. Me tiró suavecito y me senté junto a ella. Nos quedamos así, tomados de la mano, sin decir nada. Ella apoyó su cabeza en mi hombro. El pelo le olía al *shampoo* de hierbas de mi mamá, me gustaba y me dolía al mismo tiempo. No sé cuánto tiempo estuvimos así, calladitos y juntos.

Me sequé un par de lágrimas que se me habían escapado y le pregunté si tenía hambre. ¡Como si no supiera la respuesta!

Fuimos a la cocina y nos sentamos a la mesa. Calenté la tarta en el microondas y nos dispusimos a comer.

—¿Funciona? —preguntó señalando el televisor que colgaba en una de las paredes.

—Sí —contesté con indiferencia.

—¿Podemos ver?

—¿Ahora?

—Sí.

Agarré el control remoto y lo encendí. Busqué mi canal preferido, de comedias americanas. Ella miraba muy seria. No se reía con ningún chiste.

—¿No te gusta? —le pregunté.

—Sí.

Observé que no se quedaba quieta en la silla, se movía hacia un lado y hacia el otro. Se dio cuenta de que yo la observaba.

—Me duele... —se quejó, y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—¿Qué te duele?

—Ahí... abajo, me duele mucho... —Sorbió sus mocos y se limpió las lágrimas con las manos. Me dio mucha pena, pero de verdad no entendía qué era lo que le dolía. De todos modos, supongo que más por instinto que por otra cosa, le pregunté:

—¿Querés un almohadón?

Ella asintió. Le traje el que más me gustaba, el azul del sillón de la sala. Cuando se puso de pie, vi que la calza estaba manchada con sangre. Yo sabía que algo por el estilo les pasaba a las mujeres cuando ya no eran tan niñas, pero tampoco tan viejas como mi abuela; incluso sabía que a veces les dolía. Supuse que era eso.

—No te preocupes —apunté, un poco nervioso—, ya sé lo que te pasa. Les pasa a todas las mujeres, creo que una vez al mes, les sangra... ahí abajo...

—No es eso... —Se refregó la nariz.

—Ah, ¿no?

—No... me...

—¿Te golpearon? —la interrumpí. (Creo que el instinto trata, por todos los medios, de protegernos contra las cosas que pueden producirnos un *shock*).

—Sí. —Acomodó su rostro sobre las palmas abiertas de sus manos, que parecían las manos de un hada.

—¿Te robaron?

—Sí. La campera que vos me diste, y las zapatillas... y una pulserita que tenía.

Su voz sonaba como la melodía de una cajita de música.

—No te preocupes, yo te voy a dar otra campera y otras zapatillas —le aseguré—, y la pulserita... bueno, después compraremos otra.

Kika sonrió con una ternura que me llegó hasta el alma, la miré a los ojos. Y ella a mí.

—Tenés los ojos azules —observó.

—Celestes —corregí—. Y los tuyos son color miel.

—Son lindos. Tus ojos; son como el cielo. Son muy lindos —sostuvo.

Sentí un fuego correr hasta mis mejillas y tuve que bajar la vista. Los dos platos ya estaban vacíos.

—¿Querés más? —ofrecí.

—¡No hay más! —soltó una risita que sonó tensa, y enseguida se quejó de nuevo. Le dolía.

—¿Por qué mejor no te acostás? —sugerí.

Ella negó con la cabeza.

—Me tengo que ir...

—¡No podés! ¿Adónde vas a ir?

—A buscar mi carro o me van a robar todo...

—¡¿Y quién va a querer robarte esas porquerías?! —Al instante me arrepentí.

La dulzura de sus ojos se transformó en un puñal helado que me congeló la sangre. Se levantó sin dejar de mirarme y fue hacia la puerta.

—Perdón... —balbuceé.

—¡Son *mis* porquerías! —gritó, golpeándose el pecho con el pulgar.

—¡No quise decir eso! ¡Perdón! —Las lágrimas se me cayeron, pesadas, sin que nada pudiera contenerlas. Ella, sorprendida, se quedó viéndome, con la cabeza ladeada durante unos segundos. Después caminó despacio hasta mí y me abrazó. Yo la abracé también.

—¡Ay! —se quejó, cuando estrujé sin querer, sus costillas.

—¡Perdón! —La solté de inmediato—. ¿Ahí también te pegaron?

—Sí... —Se apartó ligeramente y agachó la cabeza, fue

subiéndola despacito y su cara se fue transformando en un gesto amargo, lloroso, cargado de dolor, de rabia, de impotencia y de miedo.

—Me violaron... —Y se largó a llorar como nunca antes había escuchado llorar a alguien. Fue la primera vez que me dolió un dolor que no era mío. Y me dolió tanto....

9. Olor a hierbas

—Nunca abracé tanto a una persona como a vos —me dijo, desde la cama del hospital.

Se había resistido mucho a que la lleváramos, pero finalmente, papá la había convencido. Había tenido que llamarlo después de lo que me había contado.

La palabra «violación» fue el detonante. Yo desconocía mucho de ciertas cosas, de algunas sabía un poco pero no estaba seguro, y de otras no sabía nada, pero lo imaginaba.

Nunca había besado en la boca a una chica, por ejemplo, pero conocía el cosquilleo que hacía la panza cuando uno se acercaba a alguna en especial. Tampoco sabía exactamente cómo se hacían los bebés, pero sabía que tenía que ver con eso que pasaba ahí abajo, cuando uno miraba ciertas revistas no aptas para niños o algunas escenas de películas para mayores de trece.

Por decirlo suavemente, digamos que sabía qué era lo que teníamos entre las piernas, tanto los nenes como las nenas, pero el funcionamiento exacto de ciertas cuestiones me era bastante ajeno todavía. De todos modos, sabía que «violación» era algo muy malo, y tenía en claro que significaba hacerle, a alguien, algo que no quería que le hicieran. Y que tenía que ver con el sexo, que es lo más privado de una persona.

Cuando Kika me contó que la habían violado dos tipos que, además, la habían robado, me asusté mucho. Estábamos solos en mi casa, tuve miedo de que nos hubieran seguido, que entraran para robarnos y que le volvieran a hacer daño a ella, o nos lo hicieran a los dos. Así que, a pesar de sus berrinches, llamé a papá, que se vino volando, porque el pobre, por teléfono, entendió cualquier cosa.

Entró como si se estuviera incendiando la casa. Abrió los ojos enormes cuando la vio en el comedor, encima, con la ropa de mamá.

Antes de que pudiera decir nada, le expliqué todo rápido. Me miró con los ojos llenos de lágrimas. Me agarró la cara con las dos manos y me estampó un beso en la mejilla que me la dejó toda colorada. Después me abrazó y se sentó en el sillón. Miró a Kika.

—Hay que llamar a la policía —dijo.

—¡No! —gritó ella— Me van a meter en una de esas casas para chicos de la calle o algo. ¡No quiero!

—Pero te tiene que ver un médico... —intentó explicarle mi papá— y en cuanto te revisen, se van a dar cuenta de lo que te hicieron... y van a dar parte a la policía...

—¡Entonces podés decir que sos mi papá! —se apuró a sugerir

ella.

—¡No! —gritó él—. ¡En seguida se darían cuenta de que no es así y yo terminaría preso...! De cualquier forma, hay que dar parte a la policía.

—Me voy —resolvió Kika, y enfiló para la puerta.

Miré a mi papá con ojos de súplica.

—¡No podemos dejar que se vaya!

—Tiz. —Me miró con ojos de cordero—. ¿Vos tenés idea por todo lo que estoy pasando yo? ¡No me puedo hacer cargo de esto!

—¡Por favor, pa! —supliqué, corriendo tras ella. La tomé de un brazo—. ¡No te vayas! ¡Mi papá te va a ayudar!

Ella lo miró con esa huraña indiferencia de los que no esperan nada. Mi papá se tapó la cara con las manos y se recostó en el sillón.

—Voy a llamar a Juana —indicó. Es su hermana y, además, es doctora (la que no podía quedar embarazada y al final quedó).

La puso al tanto por teléfono, mientras Kika y yo mirábamos dibujitos en la sala. Después me ordenó:

—Buscale una campera y unas zapatillas. Vamos al hospital. Nos va a atender una amiga de la tía.

—¿No van a llamar a la policía? —preguntó Kika con preocupación.

—Por ahora no —aseguró mi papá. Ella volteó hacia mí, como pidiéndome auxilio, no quise mirarla, corrí a mi pieza. Agarré una campera para cada uno y unas zapatillas que casi no usaba. Le quedaron grandes, pero igual se las puso.

—¿Cómo está mamá? —quise saber, una vez en el auto.

—Estable —contestó mi papá—. Yo iba a ir a casa en un rato para hablar con vos, de eso, cuando me llamaste... Después lo hablamos. La abuela está con ella.

Miré hacia el asiento de atrás. Kika estaba con los ojos abiertos de par en par, mirando todo alrededor.

—¿Habías subido a un auto alguna vez? —le pregunté. Ella asintió con la cabeza.

—Cuando era más chica... Mi papá tenía un auto...

—¿Tenés papá? —preguntó el mío mirándola por el retrovisor. Ella negó con la cabeza y no dijo una palabra más hasta que llegamos.

Bajamos corriendo para no mojarnos, aunque ya llovía bastante menos. Mi papá nos hizo esperar en un pasillo que estaba lleno de gente.

—A este hospital trajeron a mi mamá el otro día —le conté a Kika.

—¿Y ahora dónde está?

—En una clínica.

—Me dijiste que se iba a morir.

—Eso parece.

—Y ¿por qué no estás con ella?

—Porque me pone triste verla enferma. Ella tampoco quiere que la vea así...

—Y ¿cuándo se va a morir?

Levanté los hombros. No estaba triste y a la vez, sí. Estaba confuso. No tenía miedo y a la vez, sí. De una sola cosa estaba seguro: no quería que mi mamá se muriera, aunque algo, dentro mío, me decía que no podría hacer nada al respecto.

—¿No querés despedirte de ella?

Moví la cabeza, negando. No era que no le quería decir «chau» porque no quisiera saludarla, no le quería decir «chau» porque no quería que se fuera.

Mi papá apareció por el fondo con una doctora muy linda y muy joven.

—Ella es Elisa, ella es Kika —las presentó—. Él es mi nene, Tiziano.

Elisa nos regaló una hermosa sonrisa y se llevó a Kika. Nos sentamos a esperarla en las sillas de plástico, con el resto de las personas.

—Pa...

—¿Qué?

—¿Mamá se va a morir?

Rodeó mis hombros con el brazo y hundió su cara en la capucha de mi campera, o en mi pelo, no sé bien, pero suspiró varias veces y lo escuché sollozar.

—Sí —dijo, cuando por fin pudo hablar. Se secó las lágrimas con las palmas de las manos.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Eso significa que no la voy a ver más, ¿no?

—No como la ves ahora. Pero cuando cierres los ojos y pienses en ella, la vas a ver siempre que quieras.

—¿Vos ves a tu mamá cuando cerrás los ojos y pensás en ella?

—Sí.

—¿La extrañás?

—Mucho.

Nos quedamos en silencio. Papá tenía la cabeza apoyada contra la pared, veía cómo se le caían las lágrimas y se las limpiaba a cada rato. La gente nos miraba con tristeza. Pero nadie decía nada, porque estábamos en un hospital, a todos nos pasaba algo. Me dio la impresión de que la gente nos entendía. Una señora con el brazo atado con un pañuelo me sonrió. Yo le sonreí también.

Elisa apareció al rato, nos hizo una seña para que nos

acercáramos y nos condujo a la sala donde estaba Kika. Apenas la vi, corrí hasta su cama, estaba sentada. Nos abrazamos muy fuerte.

Fue ahí cuando me dijo que nunca había abrazado tanto a alguien, como a mí. Y entonces me largué a llorar, con la cabeza metida en su pelo, que olía al *shampoo* de hierbas de mi mamá.

10. Quién sos?

Elisa y mi papá no dieron aviso a la policía en ese momento. En el hospital le hicieron muchos estudios a Kika y después se quedó en mi casa.

La doctora Elisa pasaba casi todos los días a verla, hablaba un rato con ella y le daba sus medicamentos. Un día vino con una amiga llamada Silvia, que era asistente social. Kika se asustó mucho, pero le aseguraron que no la llevarían a ninguna parte, que se quedaría con nosotros.

Fue una época rara en mi vida. Jugábamos todo el tiempo, me parece que fue justo en vacaciones de invierno, porque no fui a la escuela ninguno de esos días, ni tampoco a fútbol. Y no extrañaba nada. Mi mamá seguía en la clínica, mi abuela pasaba todo el tiempo allá, y mi papá se repartía entre su trabajo, nosotros y mi mamá. ¡Pobre! A veces lo escuchaba llorar en las noches y tenía ganas de ir a abrazarlo, pero no iba. Porque no sabía qué decirle.

Kika y yo nos pasábamos el día en casa, jugando con la *play*, mirando dibujitos, películas, o charlando en mi cuarto. Ella lloraba bastante, suponía que le habían robado el carrito, pero Silvia le había dicho que ya no lo necesitaría, porque no volvería a vivir en la calle.

Silvia y Elisa le habían traído un montón de ropa que le quedaba muy linda, y dos pares de zapatillas nuevas.

—¿Vos pensás que me van a dejar vivir acá? —me preguntó una tarde en que hacía mucho frío y había un sol precioso.

Yo encogí los hombros, porque en realidad, no lo sabía. Pensaba que no, que no la iban a dejar, pero no se lo quería decir para que no se asustara. Es más, algo adentro mío me decía que, más tarde o más temprano, Elisa o Silvia, avisarían a alguna autoridad. Mi papá no iba a poder con todo.

Yo sabía que los chicos no pueden andar solos por la vida, necesitan que un adulto se haga cargo, aunque a veces, en algunos casos, parece que fuera mejor que estuvieran solos porque los adultos, lo único que hacen, es hacerlos sufrir. Ese era el caso de Kika, aunque yo todavía no conocía su historia. La de antes de que viviera en la calle.

El día estaba tan lindo que nos fuimos a la plaza. Dejamos una nota sobre la mesa y nos abrigamos bien. Mientras caminábamos bajo el sol, la miré, estaba irreconocible. Me quedé tranquilo pensando que, si los tipos que la habían atacado, la buscaban, no la iban a reconocer. Estaba limpia y luminosa. Se había puesto un gorro blanco que le había comprado Silvia, y con todo el pelo suelto y brillante que le caía

por encima del rojo de la campera, parecía una princesa. Se lo dije. Ella rio y me barrió la cara con la palma de su mano. Me encantaba hacerla reír, y me encantaba cuando hacía eso en mi cara que, por supuesto, ya se había puesto toda colorada.

—¿Cuándo vas a ir a ver a tu mamá? —me preguntó mientras girábamos en una calesita, impulsada por nosotros mismos.

Encogí los hombros. No quería hablar de eso.

—¿No la extrañás? —volvió a preguntar, mirando fijo mis ojos.

—Si —contesté algo enojado, porque me hacía esas preguntas molestas y nunca contestaba las mías—. ¿Vos extrañás a la tuya?

Y no fue la excepción esa vez. No contestó. Pero tampoco siguió preguntando.

Después fuimos corriendo a las hamacas. Me sentía feliz sobre una hamaca, me daba la sensación de estar volando. Kika había cerrado los ojos y se balanceaba más lento que yo, con las piernas estiradas y los brazos extendidos detrás de las cadenas, en las que apoyaba sus hombros para sostenerse. Sus labios sonreían, blanditos.

—¿Alguna vez viajaste en avión? —le pregunté. Ella negó sin abrir los ojos ni dejar de sonreír.

—¿Quién sos? —preguntó en seguida. La miré asombrado.

—Tiziano.

—¡No, estúpido! —rio sin abrir los ojos— Yo soy un pajarito azul, que está volando sobre la plaza, mirando a los chicos, cómo juegan, se ríen, están con sus mamás... ¿Quién sos? —repitió.

—¡Súper man! —exclamé con seguridad. Kika volvió a reír, esta vez, a carcajadas—. ¡Voy a salvar a todas las personas del mundo! —grité en lo más alto que llegaba mi hamaca.

Ella había frenado la suya y miraba con ternura a una nenita muy chiquita que jugaba en la arena. Me bajé y me le acerqué. Me miró frunciendo la nariz porque el sol le daba justo. Metió las manos en los bolsillos y empezamos a caminar.

—Tengo hambre —dijo.

—¡Qué raro! —exclamé—. ¡Vamos a Mc Donald's!

Ella abrió grandes sus ojazos de miel.

—¿A revisar la basura?

—¡No! —respondí con cara de asco—. ¡A comer! Yo te invito.

Cuadré mi brazo derecho y la invité a tomarse de él. Ella, con una enorme, brutal, conmovedora y maravillosa sonrisa (¡qué linda es la gente cuando ríe!), pasó su mano de hada y me agarró fuerte. Así fuimos hasta la avenida, charlando de tonterías. Nos plantamos frente al mostrador como si el mundo nos perteneciera. El chico que nos atendió nos miró, divertido.

Le señalé a Kika el enorme cartel con los diferentes sándwiches.

—¿Cuál querés?

—¡Todos! —Y largó una carcajada que me hizo reír. Pedí dos combos, de los más grandes, y los pagué con orgullo. Kika se sorprendió de que tuviera tanta plata. Los adultos suelen suplir sus ausencias con dinero. Y yo, últimamente, andaba muy solo de adultos.

—¿Quién sos ahora? —le pregunté apenas nos sentamos en el primer piso, contra un enorme ventanal que daba a la calle.

—Una princesa en su palacio —susurró con un mohín—, y le acaban de servir la comida más rica que alguien haya comido nunca.

Reí.

—¿Vos quién sos? —preguntó mirando fijo mis ojos. Le gustaban mucho mis ojos, los miraba constantemente—. ¡No me contestes! —gritó sin darme tiempo a responder, levantando su palma derecha. Cerró los ojos.

—¡Sos el príncipe que vino a pedir mi mano, y a traerme muchos regalos! —Aplaudió contentísima. Me encantó que me llamara príncipe, y me asombró su forma de hablar.

—¿Sabés leer y escribir?

Ella torció la boca.

—Rompiste el hechizo —dijo, abriendo su sándwich—. Ahora sólo soy una princesa muerta de hambre, y vos te convertiste en sapo otra vez.

11. Temblores del alma

Insistí en que me contara su historia. Dudó.

—Yo te cuento —transigió al fin—, pero vos me tenés que prometer que no se lo vas a contar a nadie.

—¿Ni siquiera a mi papá?

—¡A nadie!

—Bueno, bueno, no grites que nos miran. No le cuento a nadie, te lo prometo.

—Mirá que sos el único amigo que tengo, y si rompés tu promesa, me quedo sola de nuevo, ¿eh? —Era la amenaza más dulce que había escuchado nunca.

—No voy a romper mi promesa, dale, contame.

De las hamburguesas quedaban sólo las migas, los sobres de kétchup vacíos y las servilletas arrugadas; estábamos comiéndonos las papas fritas con el último resto de gaseosa.

—Bueno, todo, todo, no sé, porque yo era una bebé y no me acuerdo. Pero la Pola me dijo que Laura y Guille, mis «papás» —hizo el típico gesto con los dedos—, me encontraron en la basura, eso no sé si es verdad. Lo que sí sé, es que esos dos no son mis verdaderos padres, por suerte. No me parezco en nada.

—¿En la basura? —No podía creerlo. Una ráfaga de aire frío, muy finita me llegó desde algún lugar. Miré la ventana de mi lado. Estaba cerrada.

—Eso parece —siguió ella, mientras les agregaba sal a las papas —, y como no podían tener hijos, se quedaron conmigo. Pero ni me adoptaron ni nada. Vos tenés un plastiquito que se llama documento ¿no? —Asentí—. Donde dice tu nombre, tu cumpleaños, todo eso... Bueno, yo no lo tengo. ¡No lo tuve nunca! Nunca fui a la escuela. Aprendí a leer y a escribir porque me enseñó Laura... —Agachó la cabeza y empezó a hacer pucheros, supuse que extrañaba a la tal Laura. De pronto se convirtió en un mar de lágrimas. Me acerqué y la abracé.

—¡La vamos a encontrar! —le aseguré, sin saber que eso era lo último que quería.

—¡No! —Me apartó, brusca—. ¡No quiero verlos nunca más!

Se tapó la cara con las manos y no paraba de llorar. A mí se me hizo un nudo en el estómago, tuve ganas de vomitar la hamburguesa que acababa de comer. Algo me decía que no preguntara más. Me senté de nuevo frente a ella y me quedé quietito, mirándola. Cuando por fin se calmó, se secó los ojos con las manos y, con una servilleta, se limpió la nariz.

—¿Nos vamos? —suplicó. Asentí y bajamos lentamente por la escalera. Cuando estuvimos en la calle, me agarró la mano, la apretó fuerte. Apoyó la cabeza contra mi hombro y pude sentir su respiración muy, muy cerquita.

—Iba a ser prostituta —dijo bajito—. Ellos me estaban preparando para eso.

La voz se le fue apagando hasta no ser más que un susurro. Seguí con la cabeza gacha, no me atreví a levantar la vista hasta sus ojos, de los míos empezaron a salir ríos de lágrimas que no podía contener. No entendí en ese momento. El corazón me bombeaba tan aprisa que tuve miedo. Fue ella quien me abrazó esta vez. Nos sentamos en el cordón de la vereda y lloramos juntos. Creo que se nos había hecho costumbre, pero también me parece que nos hacía bien.

—Yo te juro que nunca se lo voy a contar a nadie —prometí, gimoteando.

Algo pesado y frío me aplastaba el corazón, algo me ahogaba.

—¿Quién es la Pola? —pregunté después de un ratito, inspirando lo más profundo que pude.

—Era una vieja, que siempre andaba con el carro por donde yo vivía con aquellos dos. Cuando se incendió la casa me llevó con ella. Nos subimos a un tren y nos vinimos a la Capital, después se murió y yo me quedé con el carro. —Hablaba con la cabeza apoyada en mi hombro, su voz era sedosa, sonaba más dulce que otras veces.

—¿Vinieron en tren? ¿Adónde vivían?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué? Soy el único amigo que tenés. Si no me lo contás se te va hacer un agujero en la panza. —¡Cómo me gustaba hacerla reír! Y en ese momento, necesitaba escuchar esa risa, porque me tranquilizaba. Y ella me dio el gusto, rio con ganas.

—Ya te prometí que no se lo voy a contar a nadie —repetí.

—Bahía Blanca.

—Y ¿por qué no me lo podías decir?

—Porque salió en los diarios, el incendio... y que había una nena desaparecida.

—¿En serio? —Ahí sí, la miré. Ella también me miró y asintió sin quitar sus ojos de los míos. Tuve ganas de darle un beso, ¡estaba tan linda!

—¿Cuántos años tenías?

Encogió los hombros. No sabía su edad, no tenía nombre, ni apellido. No era alguien. Mi estómago dio vuelta carnero y todo lo que había comido se me salió por la boca, por suerte alcancé a girar la cara para no ensuciarla, ella se levantó de un salto y puso una cara de asco tremenda. Después me preguntó si me sentía bien. Y después se largó a reír a carcajadas. Y ya me sentí mejor.

Empezamos a caminar de nuevo hacia mi casa; en el kiosco de Luis me compré una botellita de agua, él me guiñó un ojo al verme con Kika, que me rechazó un chocolate. Era raro que dijera que no a algo que fuera comestible.

—¿Quién te puso Kika?

—La Pola. —Sonrió tiernita—. Decía que yo le preguntaba en «qui calle vivía».

—Eras muy chica...

—Y sí... No sé, la conocía desde siempre... Siempre me dijeron Kika.

—¿Qué fue lo que se incendió?

—La casa donde vivía con Laura y Guille. A veces pienso que fue la Pola, que le prendió fuego.

—¿Por qué pensás eso? —pregunté espantado.

—Por...

Nos frenamos de golpe. Mi papá estaba sentado en el umbral de la vereda con la cara metida entre los brazos, y los codos sobre las rodillas. Ahora fue mi corazón el que dio vuelta carnero dentro de mi pecho.

El primer impulso fue salir corriendo, pero me quedé clavado como una estaca. Kika me agarró del brazo y me tiró hacia adelante, me llevó a la rastra. Yo no quería llegar a la puerta de mi casa. Mi papá levantó la cara y nos vio. Estaba desencajado, ojeroso, barbudo, tenía el rostro mojado y enrojecido. Nuestra vecina, Mónica, estaba con él, no me había dado cuenta. Ella también estaba llorando. De lo que pasaba sí que me había dado cuenta, pero no quería saberlo. No quería que me lo dijeran. No quería entenderlo ni que me perteneciese, no quería que fuera tan dolorosamente mío, tan profundo, tan intenso, tan irremediable.

Sé que Kika me sostuvo porque no me caí hasta que llegué a los brazos de mi papá, que me atajó y me apretó contra su cuerpo con todo el llanto que tenía. No hizo falta que diga nada. Sujetó mi cara con sus manos y me miró a los ojos. Yo tapé su boca con mis dedos y me estampé contra su pecho. No quería que me lo dijera. Que nadie lo pronunciara. Mi mamá había muerto. Me lo había dicho el alma, un ratito atrás.

12. Ángel

Mi papá no quería que la viera, pero de tanto que lloré, grité, pataleé, exigí y volví a suplicar, me dejó. Mi abuela le había dicho que, si yo de verdad quería verla, era mejor que me lo permitiera. Después de todo, dijo, tenía derecho.

Mi papá le hizo saber que hubiera preferido que me quedara con un recuerdo lindo, le expliqué que lo tenía, y bien grabado, pero quería verla. Necesitaba saber cómo era mi mamá ahora.

Los dos (mi abuela y mi papá), me dijeron que la iba a ver como si estuviera dormida. ¿Entonces por qué tanto lío? La quería ver y punto.

Me llevaron a la sala de velatorios.

¡Y claro! ¡Por eso no querían dejar que la vea! ¡Porque no era lo mismo! Mi mamá cuando dormía se despatarraba por toda la cama y hacía ruiditos con la boca medio abierta. Y ahora estaba ahí, quietita, con la boca cerrada. ¡Boca arriba! Jamás dormía boca arriba. Además, cuando yo hacía un mínimo ruidito en la pieza, me decía, sin abrir los ojos: «¿Qué querés Tizi?». Ahora ni se mosqueó cuando me tropecé con un florero horrible. Todo el mundo se dio vuelta a mirar, ella nada.

Mamá solía tener un colorcito sonrosado en las mejillas y en la punta de la nariz. Ahora estaba blanca como un papel, y los labios, que siempre los tenía rosaditos, ahora estaban violetas. No era lo mismo que si estuviera dormida. Nada que ver.

Además, si hubiera estado «como dormida», seguro habría pegado cuatro gritos para que sacaran todas esas flores, con ese olor espantoso, tan penetrante y tan feo, que me hacía fruncir la nariz, para poder aguantar ahí dentro.

—Olor a muerto —dijo Kika. Y supongo que tenía razón. Yo nunca antes había estado en un velorio así que no lo sabía.

Le pedí a papá que me dejara darle un beso. Dudó, me preguntó si estaba seguro, le dije que sí (¡cómo no iba a estar seguro!). Me levantó en brazos, me incliné y le di un beso en la frente. Me impresionó muchísimo.

Me acordé de una vez que Franco, en la escuela, nos enseñaba cómo teníamos que besar a una chica en la boca (¡Cómo nos reímos!) Practicamos con una de las columnas de mármol del hall del colegio. ¡Parecíamos tontos besando una columna! ¡Todos los chicos se reían! ¡Nosotros también, claro!

Me acordé de eso cuando besé la frente de mi mamá. Estaba así de fría, como la columna de mármol. Me alejé rápido y le pregunté a

mi papá por qué estaba tan fría.

Él me miró con sus ojos llenos de lágrimas y me abrazó fuerte. Kika, un poco más atrás, movió los labios: «porque está muerta» Y yo le entendí.

Cuando por fin mi papá me soltó, fui hasta ella, que estaba muy linda con un vestidito que le había comprado Elisa, que andaba por ahí, con cara de tristeza. La mamá de Catriel también había ido; él no. Ninguno de mis compañeros fue al velatorio de mi mamá. Creo que los padres no quisieron llevarlos para que «no se impresionaran».

¿De qué se iban a impresionar? No es que mi mamá se iba a levantar del cajón y nos iba a asustar. Aunque hubiera estado buenísimo que lo hiciera y nos dijera que todo no había sido más que una broma...

Kika me agarró de la mano y nos fuimos a sentar al cordón de la vereda. Mi tía Juana nos trajo unos vasos con gaseosa y alfajores, después me acarició la cabeza y se fue, toda llorosa, a consolar a mi papá.

—¿Estás triste? —preguntó Kika.

—No sé. —Mordí mi alfajor de chocolate.

—¿Cómo que no sabés? —se asombró, algo divertida.

—No, no sé. Estoy raro.

—Raro ¿cómo?

—Siento que mi mamá está en mi casa, esperándome.

—A lo mejor está, ¿vamos a ver?

Me miró con sus ojos hermosos y yo la miré también. No dijimos nada. Los dos agarramos las latas de gaseosas y con los alfajores en la mano, nos levantamos.

—Le voy a avisar a mi papá. —Recordé la vez que casi se infarta por no saber dónde estaba yo.

Al final no hablé con él porque estaba abrazado a mi tío Hugo, llorando. Le avisé a la doctora Elisa, que estaba más cerquita.

—Dale, yo le digo —me aseguró ella—, pero tengan cuidado.

Como ya nos habíamos terminado los alfajores, sosteníamos nuestra lata con una mano y la otra nos quedaba libre. Entonces nos agarramos, uno al otro, entrecruzando los dedos y caminamos por el empedrado, despacito. Me di cuenta de que a Kika le encantaba caminar de la mano, algo que a mí jamás se me hubiera ocurrido, ni siquiera con mi mamá, a la que hacía tiempo no le daba la mano ni para, por ejemplo, cruzar la calle.

Llegamos a casa, abrí con mi llave y entramos. No era la primera vez que estábamos solos. Pero esa vez fue diferente. La casa se sintió más vacía. El silencio retumbó más fuerte.

—Vení —me extendió su mano—, vamos a ver si está tu mamá.

Empezamos a recorrer la casa, Kika abrió una puerta y llamó:

—¡Magda!

Por supuesto, nadie contestó, pero ella sonreía con picardía y sus ojos brillaban, como cuando mi mamá me quería dar una sorpresa y se hacía la que no sabía nada. De a poquito, el aire cambió, nuestras voces empezaron a llenar los espacios vacíos y al descorrer las cortinas, también el sol se fue colando, tímidamente primero, impetuosamente después.

—¡Mamá! —Sonreí al entrar en su cuarto—. ¡Kika! —llamé y me desparramé en la cama enorme.

Ella llegó y se tiró a mi lado. Nos quedamos como tontos, mirando el techo.

—Está acá —dijo, muy convencida.

—Sí —Me sentí contentísimo—. Es su olor. ¡Este es su olor, no el que está allá, en la funeraria!

—¡Es horrible ése! —aseguró ella con cara de asco.

—Horrible —afirmé con la poca voz que me salió, bien bajita. Me acerqué un poco más y me recosté en su hombro. Kika pasó su brazo debajo de mi cuello y así nos quedamos los dos, muy callados, un rato largo, largo.

—Tu mamá ahora es un ángel, va a estar donde vos estés. Y siempre te va a cuidar —me dijo ella con su voz blandita. Y yo le creí.

13. En un campo de colza

Los primeros días después del entierro fueron bastante tristes. Aunque mantengo esos momentos un tanto borrosos, recuerdo que todo estaba más silencioso que de costumbre. Mi abuela y mi papá lloriqueaban todo el tiempo, comíamos pizza casi todos los días, nos acostábamos tarde y nos levantábamos más tarde aún. Nadie controlaba nuestros horarios. Dos por tres, Kika y yo nos encerrábamos en mi cuarto y veíamos dibujitos o dibujábamos, o cantábamos y, a veces, casi ni hablábamos.

Un día, mi papá me preguntó si queríamos ir a pasar unos días a la casa de la abuela. Me gustó la idea, pero no me sentía del todo seguro, miré a mi *nonis* (así la llamaba, cariñosamente) para saber si estaba de acuerdo porque, en verdad, parecía más triste que yo. En respuesta, me sonrió con los ojos.

Entre mi abuela y yo las cosas siempre fueron muy fáciles: nos entendíamos con solo mirarnos. A Kika no hizo falta que le preguntase, la entendía de la misma forma. Le hacía feliz la idea.

Yo estaba raro, sentía una mezcla de pena con culpa por dejar solo a mi papá.

Él me dijo que iba a estar bien, me explicó que necesitaba unos días para «recomponerse». De paso, arreglaría un poco la casa. Mi tío Hugo iba a quedarse con él y al fin de semana siguiente, nos irían a buscar.

No entendí mucho lo que me quiso decir con eso de «recomponerse» pero mi abuela pareció estar de acuerdo y Kika también, así que acepté. Más que nada porque me dieron ganas de mostrarle a mi nueva amiga, un montón de cosas que estaba seguro que no conocía y que le iban a encantar.

Viajamos en micro. Papá y tío Hugo nos llevaron hasta Retiro. Los tres adultos se despidieron con abrazos y lágrimas. Kika y yo estábamos ansiosos por subir, ella nunca había viajado en micro. ¡Y menos de dos pisos! Nos tocó el de arriba, dejé que se sentara contra la ventanilla. Había una tele colgada delante nuestro, pero estaba descompuesta. ¡Y nosotros que nos habíamos puesto tan contentos cuando la vimos, imaginando que darían una película de acción o de terror!

Mi papá me había dado su teléfono celular, así que nos dedicamos a sacarnos fotos una buena parte del viaje. Mi abuela estaba sentada en la misma fila, pero al otro lado del pasillo, nos miraba con una sonrisa triste y a veces, lagrimeaba un poco o me acomodaba el pelo mientras se aseguraba que no necesitáramos nada.

Igual no nos dejó que le sacáramos una foto.

Con Kika contamos los postes de la luz y las vacas, que cada tanto, aparecían pastando. Jugábamos a ver quién adivinaba de qué estaban sembrados los campos que íbamos pasando.

—Eso es girasol —grité, divertido. La tarde estaba cayendo y las flores veían hacia donde se ponía el sol, era muy bonito.

—¡Eso es colza! —gritó después ella. Yo miré por la ventanilla y levanté los hombros, para mí era trigo.

—¿Qué es colza? —pregunté.

—Una planta —indicó, muy segura. Y empezó a cantar: «En un campo de colza yo encontré a mi amor, era un buen vikingo que me dio una flor. En un campo de colza yo aprendí a sufrir, mi lindo vikingo tuvo que partir...».

Me reí, de bruto y de ternura; era hermoso escucharla canturrear, pero no tenía idea qué era eso de la colza. Ella tampoco. Por eso fue tan gracioso. Nos reímos un largo rato y me aprendí el cantito del vikingo. Creo que todo el micro se lo aprendió.

Después de un rato, nos aburrimos. Ella apoyó la cabeza sobre mi hombro y se quedó dormida. ¡Fue tan lindo sentir su olorcito a hierbas y cómo respiraba despacito! Me dieron ganas de abrazarla, pero me quedé quieto hasta que yo también me dormí.

Nos despertamos cuando mi abuela nos dio un beso en la frente para decir que habíamos llegado. Ya era de noche. Mi tía Luisa y Sara, una amiga de mi abuela, habían ido a buscarnos en una camioneta roja un poco destartalada. Kika y yo quisimos ir en la parte de atrás, pero no nos dejaron porque, según las mujeres, hacía demasiado frío. Fuimos todos amontonados en la caseta de adelante.

Nos esperaban algunos vecinos muy amigos de mis abuelos, y unos tíos postizos que la familia había ido recolectando con los años, pero por suerte, nadie hizo demasiados comentarios acerca de la muerte de mi mamá. La que lo hizo después, fue mi propia abuela.

Kika, enseguida se transformó en la estrella, todos la miraban, y algunos hicieron esos chistes tontos de decir que era mi novia, lo que me hizo poner todo colorado mientras ella se reía a carcajadas.

Cuando nos sirvieron la comida (nos esperaron con asado y ensaladas) Kika comió como si fuera su última cena. Todos estaban encantados con ella, y a mí me cargaban porque separaba la grasa de la carne. Igual no me la comí porque no me gustaba.

La vecina de al lado, Betiana, llegó cuando ya casi terminábamos de comer. Saludó con un fuerte abrazo a mi abuela y después me apretujó todo y me llenó de besos. Era una mujer muy simpática y, sobre todo, muy efusiva.

—¿Y ésta quién es? —inquirió con estupor al reparar en Kika.

—Es mi amiga —respondí orgulloso.

Betiana la miró de arriba a abajo con los labios juntos, estirados hacia abajo. Miró a los presentes y luego le guiñó un ojo a mi abuela.

—¡Pero mirá qué amiga más linda se te ha echado el nieto!

Mi abuela sonrió con esa dulzura que solo tienen las abuelas, tomó a Kika por la cintura y cariñosamente la acercó a su cuerpo.

La giró levemente y la miró a los ojos, mientras que con su mano llena de anillos, le corrió los mechones que le caían sobre la cara

—¡Esta niña vale oro! —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. A esta chiquita nos la mandó Dios para que podamos sobrellevar mejor la partida de Magda. —Ahí sí se puso a llorar. Kika le acarició la cabeza y yo tuve ganas de salir corriendo. Pero mi abuela se repuso en seguida y siguió hablando. Kika le pasó el brazo por encima del hombro—. Todos somos creyentes acá.... Dios hace las cosas por algo... Esta nena nos ayudó a sobrellevar mejor el horrible momento que nos tocó vivir, se los aseguro. Sobre todo, a Tiz, ¿verdad, mi amor?

Estiró la mano para que yo la tomara y acercarme a ellas. Lo hice con bastante vergüenza porque todos nos miraban, muy tristes. Mi abuela juntó las manos de los dos y nos dio un beso. Mi corazón dio un vuelco inesperado, mi abuela tenía razón, seguramente yo hubiera estado perdido sin Kika. ¿Qué sería de ella una vez que volviéramos a Buenos Aires? ¿Qué sería de mí sin mi mamá? ¿Y de mi papá? ¿Quién nos cuidaría?

Mi cuerpo se estremeció sin que yo me diera cuenta, fue como si de golpe me hubiera agarrado un terremoto interno, se me cerró el pecho, tuve ganas de vomitar y no podía moverme. Mi abuela me dijo: «¡Estás helado! ¿te sentís bien?»

Yo moví la cabeza y sentí que los dientes de arriba se me chocaban con los de abajo. Kika me puso una silla, me obligó a sentarme y me abrazó, me apretó fuerte, muy fuerte. Alguien dijo: «¡Pobrecito!».

—¡Llamá a un médico! —La voz de mi abuela sonó llena de angustia.

Yo tenía miedo. Un miedo tan grande que no me permitía pensar, ni responder; no podía reaccionar y no podía dejar de temblar. Pensé que estaría enfermándome, como mi mamá.

Kika empezó a mecerse abrazada a mí. «En un campo de colza yo encontré a mi amor, era un buen vikingo que me dio una flor. En un campo de colza yo aprendí a sufrir, mi lindo vikingo tuvo que partir...».

14. Moja miłość

A pesar del mal rato, los siguientes días me resultaron mágicos. Me parecía un sueño estar en la casa de mi abuela con Kika. Lo único que daba pena era que fuese invierno y no pudiéramos meternos en el mar. De todos modos, fuimos a la playa casi todos los días.

El médico le dijo a mi *abu* que sufrí un ataque de pánico, lo cual a ella le resultó bastante lógico, puesto que mi mamá se acababa de morir. Por mi edad, prefirieron no medicarme, pero una amiga del doctor, llamada Julia, vino a verme casi todos los días mientras estuvimos en Gesell. Julia era psicóloga, y aunque a mí me parecía un poco atontada, era bonita y muy dulce, hablaba bajito y usaba unos anteojos bastante graciosos, de color azul.

Le pedí a mi abuela que no le contara a mi papá lo que me había sucedido, al menos por unos días; primero, porque no quería que se preocupara (ya me sentía bárbaro), y segundo, porque no quería que nos fuera a buscar antes de lo previsto. Mi *nonis* me explicó que tenía que llamarlo y contarle, porque de lo contrario, sería una irresponsabilidad de su parte, y que si mi papá se preocupaba era porque me quería mucho y que para eso era mi papá; peeeero.... que intentaría convencerlo para que nos dejara hasta el fin de semana, tal como estaba previsto.

Lo hizo. Lo convenció. Mas no pudimos evitar que me llamara todos los días, al mediodía y al atardecer. Me ponía un poco triste hablar con él, pero no se lo decía, para que no se entristeciera él también.

Una tarde que lloviznaba y no podíamos salir, mi abuela fue a hacer su recorrido en la camioneta (vendía tortas y pasteles caseros). Kika y yo nos quedamos solos. Ni bien se fue, nos miramos, divertidísimos y nos reímos. Teníamos toda la casa para nosotros, aunque fuera por un rato. Nos pusimos a mirar en lugares que no habíamos mirado antes, como en ciertos cajones, la parte de arriba de los muebles altos, algunas puertitas que, si bien no estaban con llave, nunca se nos había ocurrido husmear. No encontramos nada del otro mundo; sólo unos anteojos de mi *nonis*, que eran casi tan graciosos como los de mi psicóloga. Kika se los calzó sobre la nariz y me miró haciendo morisquetas, yo me descostillé de risa. Después se sujetó el pelo con una gomita y por un rato, nos divertimos haciendo que ella era Julia y yo su paciente, o sea, yo mismo.

Kika me hizo tender sobre dos sillas (Julia nunca me hacía acostar. No sé de dónde había sacado que los psicólogos te hacían acostar) y se sentó junto a mí, frunciendo la nariz, con una libretita y

una lapicera entre las manos.

—A ver mi querido —dijo, poniendo una voz muy graciosa—, cuénteme su problema.

—Bueno —crucé las manos sobre mi panza—, resulta que tengo una amiga que está bastante loca y... —Kika me tiró con la libreta—. ¡Ey! ¡Qué clase de psicóloga es usted! —grité, sin contener las carcajadas— ¡No le puede tirar cosas a sus pacientes! ¡Tiene que escucharlos para ayudarlos a sacarse la locura!

—Tiene razón —respondió, acomodándose los lentes y agarrando de nuevo su libreta. Se puso otra vez muy seria y, para hablar, juntó los labios para que le salga la voz más gruesa (según ella, eso la hacía parecer más grande, a mí me daba muchísima risa) —. Bien, cuénteme de su amiga, la loca, ¿cómo se llama?

—Kika —respondí a duras penas, estaba muy tentado.

—¿Es linda?

Tardé unos segundos en contestar porque me daba un poco de vergüenza, pero quería decirle la verdad. Aunque no fuera mi psicóloga en serio, era mi amiga.

—Mucho —dije despacio, poniendo cara seria. Ella me espió por sobre los lentes.

—Y ¿usted la quiere mucho?

—Sí. ¿Usted tiene amigos? —retruqué.

—Sí, por supuesto. ¿Cómo no voy a tener amigos? ¡Soy una profesional! ¡Tengo muchísimos amigos! Pero acá, la que hace las preguntas, ¡soy yo!

—Está bien, no se enoje, quería saber, nada más... si hay alguno en especial...

—Sí. Sigamos...

—¿Cómo se llama su amigo?

—¡Ay, Tiz! —rezongó con su voz original— ¡Yo te tengo que preguntar a vos, no vos a mí!

—¿Y si jugamos a otra cosa? —propuse.

—¡Pero yo quiero usar los anteojos de tu abuela! —Observó su reflejo en una cuchara, sacando la lengua.

—Y usalos, pero yo no era tu paciente... era tu...

—¿Mi qué? —preguntó abriendo grandes los ojos— ¡No te hagas el vivo! ¿eh? ¿Mi qué?

—Tu amigo...

—¡Pero si ya sos mi amigo!

—Bueno, ¡tu novio! —Inmediatamente sentí que mi cara ardía como si tuviera fuego.

Me miró raro, como enojada y triste a la vez, frunció toda la nariz, se quitó los lentes y habló bien bajito.

—No. Yo no voy a tener novio nunca. No me gustan los novios.

Prefiero los amigos.

—Yo sí voy a tener una novia el año que viene —aseguré sin que la cara me dejara de arder.

—¿Y por qué el año que viene?

—Porque ya voy a ser grande... —Arrimé una silla hasta donde estaba ella y me senté a su lado—. ¿Por qué no querés tener novio?

Levantó la cabeza despacito.

—Sos muy chico... ¡El año que viene te lo cuento! —Se puso de pie, fue hasta la puerta del patio y salió. Abrió los brazos y cerró los ojos, levantando la cara hacia el cielo.

—¡Te mojás! ¡Te vas a enfermar! —le grité, saltando como loco. ¡Tenía unas ganas de unirme a ella! Pero no me quería enfermar, no quería que mi papá nos fuera a buscar.

—¡Yo no me enfermo nunca! —gritó con toda la voz, y empezó a cantar en un idioma extraño—. «Moia imiboschchsh, moia imiboschchsh[1]»...(eso era lo que yo entendía). —Me senté al lado de la puerta mientras ella giraba y giraba debajo de la lluvia, como si estuviera poseída. Yo la observaba, embelesado...

15. ¿Hay mar en Bahía Blanca?

El jueves llegó y sabíamos que ese era nuestro último día completo en Gesell. Al mediodía del siguiente, mi papá y tío Hugo estarían allí para regresarnos a casa. Era un día sumamente ventoso, pero no llovía, por momentos, el sol asomaba tibiecito, como si se no atreviera a salir del todo.

A regañadientes, mi abuela nos permitió ir hasta el mar por última vez, con la promesa que no tardaríamos mucho y que fuéramos bien abrigados. Caminamos haciéndonos bromas, de esas tontas, que se hacen los chicos cuando no saben qué decir. Pero, en realidad, estábamos tristes porque no queríamos volver. Quién sabe qué cosas nos esperarían en la gran ciudad.

Como cada vez que íbamos a la playa, Kika se adelantó y caminó por la arena, levantándola con sus zapatillas, a cada paso que daba. Yo la seguía.

Aquella tarde, luego del recorrido por la costa, se quedó viendo la inmensidad del mar con las manos metidas en los bolsillos del camperón. Parecía que los ojos se le perdían en el horizonte, sonreía apenas. De pronto empezó a correr hacia el agua.

—¡No te vas a meter! —le advertí, algo asustado— ¡Mirá que está muy fría!

Ella giró la cabeza y sonrió con un mohín, arrugando la nariz. Corrí detrás y le agarré el brazo. Llevaba puesta una bufanda de mi abuela enrollada en el cuello, que le daba como quince vueltas y un gorro de lana blanco, que le quedaba precioso. Parecía un ángel, o un hada.

—¡Parecés un oso, con tanto abrigo! —grité.

No se molestó porque la frené, al contrario, me agarró la mano y seguimos caminando juntos. Nos detuvimos justo en la línea que dibujaba el agua al alejarse, para luego volver a acercarse y marcarla unos milímetros más arriba.

—Está subiendo —susurró.

—¿Cómo sabés? ¿No me dijiste que nunca estuviste en el mar?

—No que yo me acuerde... Pero se me hace todo tan familiar..., el olor, los sonidos del agua..., es como si ya hubiera estado antes acá.

—¿En Gesell?

—¡No, tontón! ¡En el mar!

Me quedé pensando, me había dicho que antes vivía en Bahía Blanca... «¿Hay mar en Bahía Blanca?».

—Tal vez seas una sirena —dije. Creo que, en aquel momento, de verdad lo estimé posible.

—No creo —respondió. Y nos quedamos mirando como iba y venía el agua con su espuma cremosa, mientras dábamos pasos hacia atrás, porque efectivamente, el mar estaba creciendo.

—Tal vez —insistí—, el idioma en el que cantabas ayer, es el idioma de las sirenas...

Ahí largó una carcajada.

—¡Entonces la Pola era una sirena! ¡La verdad no parecía una!

Sonreí divertido porque me encantaba verla y escucharla contenta.

—¿La Pola te enseñó ese idioma? —pregunté mientras me sentaba en la arena, a mirar el mar.

—La Pola me enseñó casi todo lo que sé. No sé de dónde era, pero no era de acá, no hablaba bien el castellano y cuando yo le preguntaba: «¿de dónde sos?», me decía: «Vnco de muuu, muuu leco».

Kika era muy graciosa cuando imitaba a alguien. Se bajó el gorro hasta las cejas, frunció la nariz y juntó los labios para hacer «su voz de grande».

—«Vnco de lecooo, muuu, muuu leco» —repitió— «nie da leco moya, nie da leco moya» [2].

—¿Era boba? —pregunté, por lo que hablaba tan raro.

—¡Qué va a ser boba! Era muy, pero muy inteligente, sabía muchas cosas, pero no entendía bien el idioma. No sé en qué idioma hablaba, yo repetía.

—¿Cómo se llamaba?

—¡Tenía un nombre rarísimo! Me lo dijo algunas veces... Ce...Cej...no me acuerdo ahora... La Pola, le decían.

—¡Entonces era polaca! —exclamé como si hubiera descubierto el oro— ¡De Polonia!

—¿Y dónde está eso?

—Muuu, muu leco —me reí. Los dos lo hicimos. Le expliqué que Polonia quedaba en un continente llamado Europa (tuve que explicarle también qué cosa era un continente) y entonces quiso acordarse el nombre de una ciudad, de la que le había hablado la Pola. Me pidió que le nombrara algunas ciudades de Polonia. Y ahí me mató. Ni siquiera estaba seguro si el país en cuestión estaba realmente en Europa, o era asiático.

El caso es que luego de lagrimear un poco por el recuerdo de la mujer ésa, regresamos a lo de mi abuela, que nos esperaba con una pasta frola de membrillo, sobre la que nos abalanzamos sin pensarlo dos veces.

—*Abu* —dije mientras mordía mi porción (la primera)—, ¿vos sabés dónde queda Polonia?

Me miró como si le hubiera preguntado la edad.

—En Europa, creo. ¿Por qué?

—Porque Kika tenía una amiga que era polaca.

—¡No sé si era polaca! —replicó Kika pasándose la lengua por los labios llenos de dulce.

—Y... si le decían la Pola —concluí yo, muy sabiamente—, tiene que ser polaca, ¿no?

Mi abuela sonrió, después miró a Kika.

—Dónde la conociste?

—Andaba siempre por donde yo vivía. —Levantó las cejas hacia mí, como para recordarme que no tenía que contar nada de lo que me había dicho, así que me hice el distraído cuando mi abuela le preguntó:

—¿Y dónde vivías?

«Bahía Blanca». Seguí masticando mi frola.

—Por ahí... en la calle... ¿me da otra porción?

Mi abuela nos sirvió a los dos y después fue a la cocina a hacerse un mate.

—¡No tendrías que haberle preguntado a tu abuela! —me reprochó Kika, en voz baja.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¡Puede avisar a la policía!

—¡No! ¡Si mi papá dijo que no, no va a hacer nada! ¡Aparte, ya viste que ella te quiere mucho!

—¡Ya sé! Pero la gente grande, a veces, te quiere mucho pero igual te hace daño.

—¡Mi abuela no! ¡Quedate tranquila!

Kika me miró con los ojos grandes y después miró a la cocina.

Mi abuela estaba hablando por teléfono.

16. Dame la mano

El regreso a Buenos Aires se nos hizo francamente difícil. No sólo porque no queríamos dejar atrás Villa Gesell o a mi abuela, que tan amorosa había sido con nosotros, sino que la cara de pena de mi pobre padre nos asustó. Por diferentes razones, pero nos asustó a los dos. A mí por la tristeza que transmitía y a Kika por presentimiento, creo.

Y mi tío Hugo, que parecía tener siempre todo bajo control, también nos preocupó, porque no estaba con ese ánimo bromista, tan característico de él, ni con la sonrisa dispuesta o la picardía haciéndole estrellitas en los ojos.

Un poco me alegró el hecho de saber que Julia viajaba una vez por mes a la Capital y había arreglado con mi abuela (y ella con mi papá), para que me continuara con el tratamiento. Durante el tiempo que estuvimos en Gesell no me habían dado más ataques de pánico. Al contrario, lo pasé más que bien y me divertí mucho.

Pero, para Kika, todo fue más traumático. Le preguntó a mi abuela si podía quedarse a vivir ahí, a lo que mi *nonis* respondió que estaría encantada de tener una princesita como ella en la casa, pero que no podía, una jueza le había dado autorización a mi papá para llevarla a Gesell a condición de que estuviera de regreso para el sábado siguiente. Ahí, a la pobre se le fue el alma del cuerpo, y creo que a mí también. Miró a mi papá con tanta rabia y con los ojos tan llenos de lágrimas, que pensé que le iba a pegar. Apretó los puños, fuerte, fuerte, y corrió a encerrarse en la habitación de atrás.

—¿Una jueza? —pregunté con rabia, sin poder creer que mi propio padre nos hubiese traicionado de esa forma.

Mi papá miró a su suegra reprochando las palabras que acababa de decir, pero ella se limitó a encoger los hombros y negar con la cabeza. ¡Y claro! ¿qué otra cosa podría decir? «¡No Kika! ¡No quiero que te quedes conmigo!». No. No le podía decir eso.

Mi papá me agarró de los hombros para atajarme (porque estuve a punto de salir corriendo hacia la habitación), y me miró a los ojos:

—Tiz —me dijo—, ustedes tenían que viajar en micro, para eso hacía falta presentar documentos. De Kika no tenemos nada. Por suerte Elisa consiguió, a través de la asistente social, que la jueza le firme una orden provisoria para que viaje. Si no, ella no hubiera podido venir. Y mañana, esa jueza va a ir a casa para hablar con Kika.

—¡No! —Me desesperé tanto que me salió un grito afónico—. ¡Me dijiste que no ibas a decir nada!

—¡Tiziano! ¡Kika no es una cosa! ¡Es una persona! ¡No la podemos esconder! ¡Tiene derechos, no puede vivir en la calle, tiene... once o doce años! —bajó la voz—. ¡La violaron! ¿Vos entendés lo que te estoy diciendo? ¿Entendés que no nos podemos quedar con ella como si fuera un juguete que encontramos en la calle?

—¡¿Y vos entendés que la van a mandar a un orfanato?! ¡¿Y que no quiere ir ahí?! —Yo forcejeaba por soltarme, pero mi papá me tenía bien sujeto.

—No la van a llevar a ningún orfanato —Tenía los ojos húmedos—. Por eso la jueza va a ir mañana a casa, con Elisa y la asistente social. Vamos a tratar de encontrarle un buen hogar...

—¡Pero yo quiero que se quede con nosotros!

—¡No puedo hacerme cargo de ella! ¡Tengo que ocuparme de vos! ¡Acabo de enterrar a tu madre!

—Bueno, bueno —intervino mi tío Hugo—, tranquilos... Tiz, vení...

Me separó de mi papá con suavidad y le hizo, a él, una seña para que se tranquilizara, estaba a punto de decirme algo, cuando miró hacia la puerta. Ahí estaba ella, Kika, quietita, con el rostro bañado en lágrimas. Mi abuela se le acercó, la tomó por los hombros y la llevó hasta una silla, le pidió que se siente y le pasó las manos por las mejillas para despejarle el llanto y los pelos.

—Vos tenés que vivir en un lugar lindo, preciosa —le dijo con la voz más dulce que le salió—. Mi yerno te va a ayudar, es un poco atolondrado, pero es un buen hombre, confiá en él... Y en Tiz, que te ayudó siempre ¿o no?

Kika movió la cabeza afirmando, mientras se limpiaba los ojos con los dedos y hacía pucheros.

Mi papá se le acercó y se agachó para quedar a su altura, le tomó las manos.

—Te prometo que no vas a ir a ningún orfanato.

—También me prometiste que no ibas a llamar a la policía —balbuceó ella.

—Y no la llamé. Elisa tampoco. No intervino para nada la policía. La asistente social que te vio en el hospital le explicó a una jueza tu situación y ella nos va a ayudar a encontrarte un buen hogar.

—Pero yo no quiero ir a un hogar... a otro... yo quiero quedarme con ustedes. —Se le arrojó al cuello, rodeándolo con sus largos brazos y llorando con mucha angustia. Mi papá la abrazó muy, muy fuerte, y yo me emocioné tanto que empecé a llorar también. Después la apartó un poquito, le limpió la cara y juntó su frente con la suya.

—Escuchame bien, hermosa —susurró—, vamos a recorrer todo este camino juntos, vos, Tiz y yo. Los tres vamos a ir adonde nos diga

la jueza, vamos a hacer todo lo que ella nos diga, si te tenés que ir de casa, yo te prometo, por la mamá de Tiziano, que vamos a estar cerca tuyo siempre. Vamos a ser los mejores amigos, ¿sí?

Ella lo miró con esos ojos tan dolientes que parecía que se te clavaban despacito, despacito, en el corazón.

—¿No me vas a dejar?

—No. Y vamos a hacer lo posible para que, mientras se hacen los trámites, te quedes en casa. —Giró la cabeza para mirarme—. Pero nos tenemos que portar bien. ¡Muy bien!

Kika y yo asentimos.

A eso de las cuatro de la tarde mi papá y tío Hugo fueron a dormir un rato para después emprender el regreso. Kika y yo nos quedamos en el jardincito, hacía frío, pero no nos importó, era nuestro último día en Gesell. Estaba callada, abstraída. Yo tenía un nudo en la garganta.

—Hay que decirle la verdad a mi papá... —dije en voz baja.

—¿Qué verdad?

—Que vivías en Bahía Blanca, con Laura y Guille, que te encontraron en...

—¡No! ¿Para qué tendríamos que contar eso?

—Porque nos quieren ayudar...

—¡Vos no necesitás que te ayuden! ¡Yo soy la que no tiene casa!

—No te enojes...

—No me enojo.

—¿De verdad vivías en Bahía Blanca? —Abrió los ojos enormes —. Me dijiste que no conocías el mar. En Bahía Blanca hay mar.

—Ah ¿sí? —Sonrió con un poquito de tristeza—. Sí, ya sé que hay mar en Bahía Blanca.

Se tiró hacia atrás en el banco donde estábamos sentados y la mirada se le perdió en la distancia, el pelo le revoloteaba por toda la cara. Levantó la mano y abrió los dedos esperando que yo la tome. Lo hice, nos agarramos fuerte, fuerte, como siempre.

—Una sola vez vi ese mar. La Pola me hablaba de él. Yo no salía de la casa. —Levantó el mentón e inspiró profundo, mientras rascaba las puntas de mis dedos, aprisionados entre los suyos—. No iba a ninguna parte, estaba adentro todo el tiempo. Cuando salí, fue cuando se incendió todo y me llevó la Pola, ya te conté. Nos fuimos a la estación de trenes y después a Buenos Aires.

—Bueno, todo eso se los tenemos que contar, a mi papá, a la jueza, a Elisa..., total, ya están todos muertos ¿no? Laura, Guille, la Pola.

—La Pola sí. Laura y Guille no.

17. La jueza y la Pola

La jueza era una señora muy elegante que, aunque usaba traje como los hombres, era muy femenina y agradable, calculé que tendría más o menos la edad de mi abuela, lo cual me asombró bastante, porque yo tenía entendido que, a esa edad, las personas ya no trabajaban más que haciendo cosas que les gustaran, como mi *nonis,* que le encantaba hacer tortas y pasteles y entonces los vendía por el barrio. Era un trabajo, pero de algo lindo.

La jueza llegó en un auto enorme, acompañada de un muchacho flaquito con cara simpática y Silvia, la asistente social, amiga de la doctora Elisa.

Tanto Kika como yo estábamos sumamente nerviosos. Me parece que, aunque lo disimulaban muy bien, mi papá y tío Hugo también estaban nerviosos.

El caso es que la señora fue muy amable, sonrió todo el tiempo y habló con voz suavecita. Nos saludó con dos besos a cada uno y luego que todos nos ubicamos en la sala, miró a Kika con curiosidad.

—¡Sos muy linda! —dijo asombrada, como si las personas que viven en la calle no pudieran ser lindas.

Kika la miró con cara de pocos amigos.

—Yo me llamo Lidia —se presentó la señora—, este muchacho tan amable, es mi asistente, Efraín. Y a Silvia ya la conocen ¿verdad?

Asentí con la cabeza, Kika ni los miró. No le quitaba los ojos de encima a la jueza.

—¿No te querés sentar? —preguntó la señora, viendo que se había arrinconado entre los dos sillones, con los brazos cruzados. Kika, sin decir palabra, se sentó a mi lado, pero no descruzó los brazos. De vez en cuando miraba con un poquito de rabia a mi papá, después a tío Hugo.

—Kika —comenzó la jueza—, yo quiero ayudarte. De verdad. Quiero que tengas una linda familia y que puedas hacer todas las cosas que hace una chiquita de tu edad...

—¡Entonces dejame acá! —la interrumpió con voz ronca— ¡Si acá estamos bien! ¿O no? —miró desafiante a mi papá, que no supo para dónde desviar los ojos. Los clavó, suplicante, en los míos. Yo miré a la jueza.

—Ojalá pudiera —dijo ésta—, pero en esta familia acaba de suceder una desgracia terrible, y tanto Tiziano como su papá, necesitan hacer el duelo con tranquilidad...

—¡Pero si yo los ayudé! A Tiz le dio una pataleta de miedo y, ¿quién lo ayudó? ¡Yo! ¡Contale Tiz!

—¡Es verdad! —aseguré con firmeza, aunque no sabía si podíamos decir que mi papá no estaba con nosotros en ese momento —. Ella me está ayudando mucho con lo de la muerte de mi mamá...

La jueza giró la cabeza hacia mi papá y sonrió con tristeza. Luego volvió a Kika.

—A ver, jovencita, vos entendés que tenemos que averiguar quién sos ¿verdad?

—¿Para qué?

—Porque a lo mejor, tenés una familia que te está buscando...

—¡No tengo a nadie!

—¿Cómo sabés?

—¡Porque lo sé!

Lidia se quedó en silencio por un instante, luego tomó aire y se apoyó en el brazo del sillón.

—¿Me podés decir tu nombre?

—Kika.

—¿Y tu apellido?

—No tengo.

—¿Te acordás cómo se llaman, o se llamaban tu mamá o tu papá?

—¡No tengo a nadie!

—Pero no llegaste del cielo en una nave espacial ¿verdad? Saliste de la panza de una mujer... eso lo sabés...

Kika encogió los hombros, se soltó los brazos, me agarró de la mano con fuerza y empezó a rascar las yemas de mis dedos. Noté que hacía mucho esfuerzo para no llorar.

—Señora... —dije despacito.

—¿Qué? —La jueza agachó un poco la cabeza para poder mirarme a los ojos.

—Si usted deja que Kika se quede con nosotros, le prometo que le va a contar todo lo que sabe de su vida.

Kika me miró con una mezcla de asombro y miedo. Torrentes de lágrimas le caían por las mejillas. Negó con la cabeza, la agachó y cerró los párpados. Yo apreté aún más su delicada mano de hada y tuve ganas de llorar también.

—¿Y vos conocés esas cosas de su vida? —Había quedado al descubierto con la jueza ladina.

—Algo... —dije, sin mirar a nadie. Kika me empujó suavecito de la mano. Nos miramos. Hipando y con un hilo de voz, me dijo: «Contale, igual me van a llevar».

—Pa, yo le cuento, pero que ella se quede acá —rogué.

Mi papá, que estaba con los brazos cruzados detrás del sillón y los ojos húmedos, miró a la jueza.

—Haga lo que pueda... al menos hasta que averigüen algo...

Mi tío Hugo abrió la boca, a punto de protestar. Tenía que volver a su casa en Córdoba, seguro se habría preguntado cómo iba a hacer mi papá para encargarse de nosotros dos. Pero, tal vez, por miedo a meter la pata, no dijo ni mu.

—Contame —me pidió la jueza. Efraín se alistó con un block de hojas y una lapicera. Kika se había recostado en mi hombro y no dejaba de llorar silenciosamente. Silvia se había sentado junto a ella y le tomó la otra mano.

Tragué saliva y comencé:

—Cuando era chiquita, Kika vivía en Bahía Blanca con una señora llamada Laura y un señor que se llamaba Guille, la tenían encerrada en una casa. —«Me estaban preparando para ser prostituta». No me atreví a contar esa parte aún—. Había una viej... una señora que andaba por la calle con un carro, de esos de supermercado, que se llama... le decían «la Pola». Esa señora, le contó a Kika que Laura y Guille la habían encontrado en la basura, cuando era bebé y, como no tenían hijos, se la quedaron. Pero no la adoptaron legal, no tiene, nunca tuvo documentos ni fue a la escuela. Un día se incendió la casa donde vivían y la rescató la señora ésa, la Pola. Y se la trajo a vivir a Buenos Aires. Acá vivían en la calle. La Pola se murió y entonces Kika empezó a andar solita, hasta que la encontré yo y me la traje acá.

Kika se había soltado de Silvia y se había agarrado de mi brazo, ya no lloraba, su cabeza estaba sobre mi hombro y yo, una vez que terminé mi relato, me recosté en ella. La jueza tenía unas pequeñísimas lágrimas que secó con los dedos, nos miró con una sonrisa muy triste.

—Bueno, Kika. Hay muchas cosas más que necesito saber, supongo que de a poco me las podrás ir contando... Ahora necesito hablar un ratito con Pablo, si nos dejan.

Obedientes, nos levantamos y fuimos a la cocina. Kika tenía los ojos rojos de tanto llorar. De pronto me di cuenta de que había algo que no había dicho y me parecía que era muy, muy importante, así que salí corriendo hasta la sala. Todos los ojos se posaron en mí.

—La Pola... me parece que era polaca. Le enseñó a Kika algunas palabras y algunos cantitos en un idioma raro... puede que sea polaco....

—Es polaco —afirmó Kika detrás de mí, con voz apenas audible.

18. ¡Volar!

Papá estaba con licencia por el fallecimiento de mi mamá, en cambio yo, que ya había faltado a la escuela por más de una semana, debía haber retomado las clases el lunes siguiente, pero como Kika tenía que asistir al Juzgado, volví a faltar.

Papá trató de convencerme de que no era necesario que fuera. Trató.

Al subir al auto, Kika me pidió que me sentara con ella en el asiento de atrás, me tomó de la mano y empezó a rascarme los dedos. Me di cuenta de que estaba temblando, tenía miedo, intenté tranquilizarla contándole algunos chistes, pero apenas se reía, así que me quedé callado. En realidad, la última vez que la había escuchado reír había sido el sábado anterior, cuando Efraín, el ayudante de la jueza le tomó las huellas digitales con una almohadillita negra que le dejó todos los dedos sucios. Aunque luego le había dado un trapo con un líquido, que olía feísimo, para que se limpiara, las yemas le quedaron manchadas. Y un rato nos pasamos jugando a que ella era un monstruo, que volvía negro todo lo que tocaba y que me quería agarrar. Corrimos por toda la casa. Hasta que llegó Elisa, la doctora. Entonces, con la jueza y Silvia, se la llevaron al dormitorio de papá para revisar las «marcas identificatorias» que pudiera tener en el cuerpo, anotaron todo en una carpeta y le tomaron fotografías con una cámara que había llevado Efraín.

Kika me contó después que se rio mucho con las tres mujeres, y que la jueza, que le pareció muy buena, le explicó que era posible que no pudiera quedarse mucho tiempo en mi casa pero que haría todo lo posible, y que iba a estar bien. Eso la tenía nerviosa y, la verdad, a mí también.

El domingo a la tarde fuimos al aeropuerto a llevar a mi tío Hugo, que regresaba a Córdoba.

—¿Subiste alguna vez a un avión? —me preguntó entonces.

—Sí, varias veces. ¿Vos?

—No. Y nunca vi un avión de cerca. Son grandes, ¿no?

—¡Son enormes!

Mi papá, que había estado escuchando nuestra conversación, le guiñó un ojo a mi tío y le preguntó si había tiempo para detenernos un ratito, él dijo que sí, entonces frenó el auto sobre la banquina, un poco antes de entrar en el complejo.

Desde allí vimos, primero, un avión haciendo maniobras de despegue y, al ratito, otro que aterrizaba. Si bien estábamos bastante lejos, se podía apreciar perfectamente el tamaño de los aparatos. Kika

sonrió e hizo algo similar a lo de la lluvia, en Gesell. Se paró en el último cordel de acero de la valla y abrió los brazos, con los ojos cerrados, de cara al sol.

—¡Volar! —gritó.

Mi tío me hizo una seña para que no dijera nada, sacó el celular, y le tomó una fotografía. Estaba tan linda con el pelo al viento, la bufanda que revoloteaba y esa carita tan perfecta y tan hermosa... Ahora sé que ya entonces, estaba enamorado de ella, sin importar lo niños que fuéramos.

—Bueno Tiz —dijo mi tío al despedirse—, no voy a poder volver para tu cumple, así que este es mi regalo —me dio un sobrecito blanco que decía «¡Feliz Cumpleaños de tu tío que te adora! Hugo»—. Pero no lo tenés que abrir hasta el jueves, ¿eh?

¡El jueves era mi cumple! Lo había olvidado por completo. Hacía poco que había hablado con Kika del tema, antes de que muriera mi mamá. Los ojos se me llenaron de lágrimas al darme cuenta que era el primer cumpleaños que pasaría sin ella. ¡Solo diez años de mi vida la había tenido! Agarré el sobre con las manos temblorosas y mi tío, que entendió mi tristeza, me abrazó con fuerza y me dio muchos besos en la cabeza.

—¡Fuerza, muchachito! —dijo, tomando mi rostro entre sus manos—. Cuidá mucho a tu papá y a esta preciosura de amiga que tenés —se agachó y me dijo al oído—: después te mando la foto que les saqué. —Y me guiñó el ojo.

Me guardé el sobre en el bolsillo del jean, sabiendo que tenía dinero para que me comprara lo que yo quisiera. Tío Hugo siempre me regalaba plata. Cuando no podía viajar para mi fiesta, me lo mandaba por correo, o lo depositaba en la cuenta de papá y él después me lo daba. Siempre.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Kika mordiendo un mechón de su pelo mientras viajábamos hacia el juzgado.

Mi papá la miró por el retrovisor.

—Vamos a visitar a Lidia, la jueza. ¿Qué te dije ayer?

—Que no me preocupe.

—¿Y qué estás haciendo?

Ella sonrió y tiró su cabeza hacia atrás.

—Me estoy preocupando... Es que no quiero ir a vivir a otro lado —refunfuñó.

—¿Preferís seguir viviendo en la calle?

—No. Quiero vivir con ustedes.

Vi los ojos de mi papá de nuevo en el retrovisor. Estaban húmedos y sus nudillos, blancos, sobre el volante.

Al final, como siempre, papá tenía razón. No me dejaron entrar

a la audiencia. Me quedé sentado en unos silloncitos azules mientras ellos entraban al despacho de Lidia que, por lo poco que pude ver, era enorme y con unos muebles hermosos, muy lustrados.

Al ratito, Efraín hizo pasar a una señora que tenía un nene chiquito en los brazos. Se sentó al lado mío. El nene usaba chupete y me miraba con sus ojitos redondos y divertidos. Moví mis dedos para saludarlo, él quiso aplaudir, pero no consiguió hacer que sus manitos chocaran entre sí, lo que me resultó muy gracioso. Me reí y miré a la mamá. Casi muero del susto. La pobre tenía un ojo cerrado por una cicatriz que le arrancaba en la frente, pasaba por la boca y le llegaba hasta el cuello. Era una cicatriz gorda, fea, tampoco podía abrir bien la boca, hablaba de costado.

—Se llama Matías —apuntó sonriendo (o yo interpreté que era una sonrisa)—. ¿Vos cómo te llamás?

—Tiziano —contesté centrándome en el nene, que era más agradable de ver.

—¡Qué lindo nombre! —dijo. Yo quería preguntarle qué le había pasado en la cara, pero no me animé, entonces vi que en el brazo tenía otra cicatriz igual. Por suerte vino Efraín y se la llevó a una de las oficinas, porque yo ya estaba a punto de descomponerme. ¿Qué le habría pasado? Pensé que tal vez se había caído sobre algo cortante, un vidrio o una chapa. Sentí escalofríos al imaginar el dolor que habría sentido esa pobre mujer, al dañarse de semejante forma.

Tomé una de las revistas que estaban en una mesa, la miré rápido pero no tenía fotos ni dibujos, eran revistas de leyes o algo así. Aburridísimo.

«Juzgado del menor y la familia» decía una placa dorada pegada en la pared. Estaba muy lustrada; los siguientes minutos me dediqué a observarla. Veinticinco letras, todas las vocales. Juzgado rima con tumbado, hurtado, fugado... Familia rima con... vigilia, reconcilia...

Al fin salieron. Kika y mi papá tenían los ojos llorosos, pero reían, los miré con miedo y a la vez con esperanza. Kika se adelantó casi corriendo y me abrazó.

—¡Me quedo con ustedes!

19. Así no me extrañás

Papá llevaba un montón de papeles y debía firmar otro montón. Tenía que hacer un sinfín de trámites, pero logró que Lidia le diese la custodia temporal de Kika hasta que se aclarara su situación. Tuvo que firmar declaraciones juradas y hacer veinte mil promesas, le iban a hacer una investigación crediticia y no sé cuántas cosas más, pero la jueza había dicho que, considerando la forma en que había actuado mi papá con el tema de la violación, podía concluir en que era «apto para hacerse cargo temporalmente del bienestar de la niña». Supongo que habrá considerado también otras cosas, pero a mí me quedó eso.

—¿Qué es lo que hiciste tan bien? —pregunté incrédulo. Kika y yo estábamos felices.

—Denuncié —respondió él mordiendo su pizza.

Los dos nos quedamos de piedra.

—¿Me mentiste? —preguntó Kika.

—No —sonrió mi papá—. El hecho de que no haya ido corriendo a una comisaría no significa que no haya denunciado el hecho. Era mi obligación hacerlo, en realidad, lo hizo Elisa, yo no estaba muy lúcido... aún no lo estoy... —Quedó un ratito mirando la nada y tuve miedo de que se echase a llorar, pero no. Suspiró y siguió —. Te llevé a un hospital, le conté todo a una médica... ¿Cómo no íbamos a hacer la denuncia, chiquita? Lo que te pasó fue terrible... ¡Pero ahora no hablemos de eso! —Me dio una palmada y me apretó el hombro, despacito—. ¡Hoy vamos a celebrar que, al menos por un tiempito, Kika se queda en casa!

Habíamos ido a una pizzería, cerca del juzgado. Una pizzería céntrica, donde los hombres están de saco y corbata porque en esa parte de la ciudad casi todos visten así —está llena de bancos, juzgados, registros civiles y demás—, y las mujeres se aflojan los zapatos de taco alto y finito mientras comen. Gente que, por momentos, nos miraba con asombro porque nos reíamos mucho. Estábamos bastante bochincheros, la verdad. A mí me encantó, nosotros, al menos durante ese ratito, fuimos felices y queríamos festejar. Levantamos nuestros vasos de gaseosa y brindamos. Al rato se nos unió Silvia, que venía del juzgado con unas gruesas carpetas.

—Bueno, Pablo —le dijo a mi papá mientras colgaba su cartera en la silla—, acá está.

—¿Me tengo que llevar todo eso? —preguntó él, con la boca llena de pizza. A veces era medio mal educado.

—No —rio ella—, no todo. Algunos papeles son para que leas bien en tu casa y después los firmes. Yo los voy a visitar todos los días,

después iré día por medio…Y usted señorita —se dirigió a Kika—, mañana me va a acompañar al médico. Bueno —miró a mi papá—, vos también venís, claro.

—Y yo —aseguré muy serio.

—No —dijo él con firmeza—. Vos mañana vas a ir a la escuela. Ya no hay más excusas para que sigas faltando.

Refunfuñé, pero acaté en seguida, no fuera a ser que se arrepintiera de llevar a Kika a casa. Estuvimos un rato más en la pizzería y regresamos. Papá fue directo a su cuarto a recostarse, pero antes, le dio a Kika una pastilla entera y la mitad de otra. Ella fue a la cocina por agua, y se las tomó.

—¿Qué era eso? —pregunté ni bien nos quedamos solos, un poco asustado. Mi mamá tomaba varias pastillas antes de morirse.

Levantó los hombros.

—No sé cómo se llaman, me las dio la doctora Elisa, por si me contagiaron algo cuando... —Me quedé viéndola, lleno de tristeza—. Ya me sacaron sangre y parece que no tengo nada grave —agregó en voz baja—, pero, por las dudas, dijo Elisa que mejor tome esas pastillas... anti... retro algo, virales, no me acuerdo. Por si me contagiaron sida.

Confieso que me asusté, pero enseguida me tranquilicé, porque si papá y Kika no tenían miedo, yo tampoco tenía por qué tenerlo.

—¿Y para qué tenés que ir mañana al médico? —Recordé lo que Silvia le había dicho.

—No sé. Me siguen haciendo estudios, ya me sacaron sangre, me hicieron hacer pis en un frasquito... y cuando estuve internada me analizaron hasta la caca. —Puso cara de asco y yo me reí también, pero en el fondo estaba temblando. Todo lo que se relacionara con enfermedades me ponía mal, muy mal. De pronto sentí que me faltaba el aire, el corazón me golpeaba con fuerza el esternón y mi cuerpo entero empezó a tiritar. No tenía frío, pero no podía parar de temblar. Kika me abrazó fuerte, fuerte, como cuando estábamos en Gesell y empezó a cantar la canción del vikingo. De a poco me fui tranquilizando hasta que, al menos, pude volver a moverme.

—Sentate —me ordenó con dulzura—. Otra vez tu pataleta de miedo.

Me senté y ella me acarició el pelo despacito, cerré los ojos y la abracé por la cintura, apoyé la cara en su panza chata y empecé a llorar; ella echó su cabeza sobre la mía y siguió canturreando bajito, hamacándose suave, como un botecito sobre aguas tranquilas.

—Ya está —dije, después de un ratito, secándome las lágrimas y separándome; aunque, de ser por mí, me hubiera quedado así para siempre—. Y se llama «ataque de pánico», no «pataleta de miedo».

—Es lo mismo.

—¿No tenés miedo?

—¿De qué? —Se sentó en otra silla, a mi lado.

—De tener sida, de enfermarte de algo, de morir...

—No... no sé... Me da miedo que me duela la muela —sonrió, tibiecita—, o la panza, o tener hambre... y no encontrar comida... ¿morirme?... —Encogió otra vez los hombros y se quedó con la mirada perdida—. Vos sí tenés miedo ¿no?

—No. O sí, no sé.

Claro que tenía miedo, un miedo atroz, pero no a mi propia muerte. O tal vez sí. Tenía miedo de que le pasara algo a mi papá, que chocara con el auto, que lo pisara un colectivo, que lo asaltaran y le dieran un balazo como había visto en la tele, que mataron a uno al que le quisieron robar la bicicleta. O que Kika tuviera algo malo. Me di cuenta en ese momento que vivía aterrado, que me sobresaltaba todo, que no quería ir a la escuela porque temía que al regresar me esperara una mala noticia. Estaba empezando a sentir otra vez ese frío helado en los huesos, cuando Kika apoyó su mano en la mía, haciendo que la mire.

—Quedate tranquilo —dijo— como vos tenés los ojos igual que el cielo, cuando me muera, le voy a pedir a Dios que me deje quedarme ahí. —Señaló mis pupilas—. Así no me extrañás.

20. La princesa misteriosa

Me alegró muchísimo volver a la escuela. En cuanto la pisé, supe que había extrañado ese olor, el olor de la escuela en la mañana: a lavanda, pino, los aromas que las chicas de limpieza usaban para baldear el patio, las galerías y los baños, y que se quedaba acumulado en todos los rincones. A la salida ya se había esfumado. O me había acostumbrado y ya no lo sentía. Era una escuela chiquita, mejor dicho, mi sector era pequeño: el primario. El edificio entero era enorme, tenía todos los niveles, pero secundaria entraba por otra puerta y estaba bien separado de los jardines y de primaria, donde todavía estaba yo. Caí en cuenta que había extrañado también a mis compañeros, con los que me divertía horrores. ¡Hasta a las maestras y a las secretarias había extrañado!

Me invadió una emoción muy grande cuando traspuse el umbral, mientras saludaba con la mano a Kika y a mi papá, que quedaron en el auto para partir de inmediato rumbo al hospital, donde mi amiga debía continuar con sus estudios médicos.

Una horda de chicos y chicas me rodeó. Alborozados, sonrientes, me hicieron mil preguntas. Ahí estaban, la hermosa Romina ¡qué linda era! y Dolores, a la que vi también un poco más bonita, Franco, Joaquín, y el resto.... Todos me parecieron más bajos de lo que los recordaba.

El día se me pasó volando. Volví a casa casi corriendo. Si bien me había divertido mucho, no podía quitarme de la cabeza a Kika y preguntarme si le habrían encontrado algo malo. A la tarde tenía que ir a fútbol, pero no estaba con muchas ganas, le diría a papá que dejara de pagar el club por un tiempo, de paso le ahorraría unos pesos.

Me estaban esperando con el almuerzo listo. Me contaron que habían andado toda la mañana haciendo trámites: hospital, comisaría, juzgado y demás. Kika parecía contenta, pero a mi papá lo noté triste, y una vez que terminamos de comer, dijo que iría a recostarse un rato, que no hiciéramos ruido ni lío. No le pude decir nada del club en ese momento. Preferí esperar a que estuviera mejor.

Cuando nos quedamos solos, mientras levantábamos los platos, le pregunté a Kika:

—¿Qué le pasa a mi papá?

—Está muy triste... —dijo, sacudiendo el mantel en el tacho de la basura—. Creo que extraña a tu mamá.

Mis ojos se humedecieron y la garganta se me anudó, tuve que toser chiquito. Yo también la estaba extrañando mucho. En el primer

recreo me habían preguntado varias veces cómo lo iba llevando, había respondido que bien, que ya pasó, pero el aguijonazo en el pecho dolía cada vez que se sacaba el tema. Algunos más imbéciles me habían preguntado cosas horribles, como si la había visto muerta, cómo era verla así, que si lloré, de qué murió... Hasta que Joaco se dio cuenta y me los sacó de encima, había notado que estaba a punto de largarme a llorar. Franco me había agarrado de los hombros y me había apartado del grupo. Para el recreo siguiente, todo había vuelto a la normalidad y realmente la pasé bien el resto de la mañana.

—Y a vos, ¿cómo te fue con el médico? —le pregunté para cambiar de tema.

—Bien, me revisó la doctora, después estuve con una psicóloga, con una policía y con Silvia.

—¿Una policía?

—Sí, tienen que averiguar quién soy. —Se puso una servilleta sobre la cara y la ató detrás de su cabeza, tapando con ella la nariz y la boca—. ¡Soy la princesa misteriosa! —Subió sobre una de las sillas y se sentó en la mesa, cruzando las piernas, colocándose la panera de sombrero, bueno, de corona, según ella—. Y vos, sos el mago que viene a...

—No tengo ganas, Kika —interrumpí arrepintiéndome en el acto, ¡puso una carita tan triste! Se quitó la servilleta y la panera y me miró, con ojos cristalinos.

—¿Qué te pasa?

—Yo también extraño a mi mamá —Me largué a llorar, escondiendo la cara entre los brazos cruzados sobre la mesa. Kika se quedó quietita donde estaba, jugueteando con la servilleta y la panera, me acarició el pelo y después escuché que ella también estaba llorando. Me levanté y nos abrazamos. Y lloramos juntos, otra vez.

Para no despertar a mi papá, fuimos al comedor a mirar la tele, la pusimos bien bajito y nos acurrucamos en el sillón.

—¿No tenés que ir a fútbol, vos? —susurró en un momento.

—No tengo ganas.

—¡Uh! —protestó—. ¡Yo quería ir con vos!

La miré horrorizado.

—¿Qué? ¿A qué vas a ir vos, a fútbol?

—¡A mirar como juegan a la pelota! —Claro, ¿a qué más?

—¡No van chicas! —No quería ni imaginarme las bromas que podrían hacerme los chicos si me veían con ella, sobre todo los idiotas de Catriel, Lucio y toda esa banda de inadaptados. El que no diría nada, seguro, sería Salva... «¡Salva!» ¿Seguiría yendo a fútbol? Reparé entonces que Agustín no había ido a la escuela, alguien había dicho que estaba engripado. Lo había extrañado, con sus aires de grandeza tan graciosos. Y extrañaba a Salva, aunque no fuéramos tan amigos.

—¿Sabés qué? —dije de pronto, levantándome del sillón—. Me voy a cambiar, voy a ir a fútbol.

—¿Puedo ir con vos?

—Ahora le pregunto a papá. —Estaba seguro de que me diría que no.

Me acerqué despacito a su cama, donde estaba acurrucado como un bebé, no dormía, sollozaba, abrazado a un camisón blanco de mi mamá. Mi corazón se estrujó todo cuando lo vi, no supe qué hacer.

—¿Puede venir Kika conmigo, a fútbol? —pregunté casi con miedo, en voz muy baja.

Él se sobresaltó. Se sentó rápido en la cama, se limpió los ojos y me miró, medio atontado.

—Vamos los tres —respondió levantándose. Ni siquiera se había quitado la ropa, ni los zapatos.

—Pero... no te preocupes —balbuceé mientras lo miraba dirigirse al baño para lavarse la cara.

—No, no —insistió él, manoteando una toalla—. No quiero que Kika ande sola por ahí... si le pasa algo... Al club van mayormente chicos...

—Pero yo la puedo cuidar, o le digo que se quede acá.

Me sentía culpable. En aquel momento no comprendí porqué. Hoy entiendo que, sin querer, había interrumpido su momento a solas con el recuerdo de su esposa. Con su duelo.

—No —dijo él revolviendo mi pelo y sonriendo, con los ojos todavía enrojecidos—. Vamos. Me va a hacer bien, y a vos también.

—Pa...

—¿Qué?

—Yo también la extraño. —Nos abrazamos a llorar juntos, apretándonos muy fuerte uno contra el otro.

Kika nos esperaba de pie junto a la puerta con un pañuelo enroscado en el cuello que le tapaba media cara y unas hojas de lechuga sobre la cabeza. Sus ojos, más que tristes o alegres, estaban expectantes. Sonreí, papá también.

—¿Nos vamos? —preguntó ella, abriendo y cerrando, exageradamente, sus ojos.

—¿De qué te disfrazaste? —Rio mi papá, mientras sacaba un pañuelo para limpiarse la nariz.

Ella lo miró con teatral seriedad y respondió, impostando la voz.

—No lo sé. Pronto lo sabremos. Por ahora pueden llamarme Kika, la princesa misteriosa.

21. Once años

Le había asegurado a papá que no necesitábamos festejar mi cumpleaños, sabía que estaba mucho más triste de lo que mostraba, pero él insistió y Kika también, así que, con ayuda de nuestra vecina Mónica, la doctora Elisa, Silvia, mi abuela —que se vino de Gesell—, me prepararon una hermosa fiesta que, por un lado, me puso muy contento, pero por otro, algo triste... No pude evitar que el recuerdo de mi mamá me empañara un poco, la vi riéndose porque la torta le había quedado chueca y aguantando, después, mi berrinche al respecto, tratando de convencerme que una torta súper derechita era lo más aburrido del mundo; o envolviendo mi regalo, tarde, a la noche, mientras charlaba con mi papá, pensando que yo estaba dormido, cuando en realidad los estaba espiando por el ojo de la cerradura.

En cada cumpleaños —de cualquiera de los tres—, mi mamá colgaba unas guirnaldas de colores brillantes que hacía ella misma, con la ayuda, a veces de la abuela, otras de alguna amiga, y de Mónica, que siempre venía. Hacía carteles con monigotes, que deseaban que papá, ella o yo —según la fecha—, cumpliéramos muy felices, y desparramaba notas por toda la casa con saluditos graciosos.

Me resultó difícil sentirme feliz aquel día, al cumplir mis once años, pero la presencia de casi todos mis compañeros de escuela y algunos de fútbol, hizo que, por un rato, lo fuera. Los cartelitos, los monigotes y las guirnaldas estaban ahí, y habían quedado bonitos. Seguramente mi abuela y Moni se encargaron de hacerlos, no pregunté, pero me encantó verlos, y me emocionó también.

Kika estaba tan contenta que parecía que el cumpleaños era suyo. ¡Pobre! Me había dicho que nunca había asistido a ninguno. En su casa, Laura y Guille, no celebraban nada. Ella ni siquiera sabía cuándo cumplía. Aunque —me lo dijo en secreto— con la Pola, fijaron el diez de diciembre como su fecha de cumpleaños, no se acordaba por qué eligieron ese día.

A veces se le pasaba por alto, porque no sabía ni en qué día vivía. Además, como no sabía cuántos años cumplía, no le daba mucha importancia. Pero, me contó que la Pola, un diez de diciembre, le había regalado una cadenita con una medalla.

—¿Y dónde está? —le pregunté.

—La dejé en un lugar secreto, hace mucho —me contestó con tristeza—, en Bahía, porque Guille la quería vender... Un día me escapé, corrí a buscar a la Pola y la escondimos. Después le dije a Guille que la había perdido... Ya ni debe estar ahí. Cuando nos

vinimos a Buenos Aires, no hubo tiempo de ir a buscarla.

—¡Podríamos ir! —Me emocioné con la posible aventura. Ella negó con la cabeza, haciendo ese mohín con la boca, que tanto me gustaba.

—No podemos ir solos... Y no sé si me voy a acordar dónde la puse, fue hace mucho.

—Podemos pedirle a mi papá que nos lleve.

—¿Qué están cuchicheando? —preguntó Silvia, acercándose.

—Nada... Nada —respondimos al unísono, y fuimos corriendo a jugar con el resto de los chicos. Silvia nos miró, pensativa, yo la espié de reojo, para saber si nos había escuchado, luego se reunió brevemente con Elisa y después, fueron ambas a hablar con mi papá, mi abuela y Moni. Estaba seguro de que nos había escuchado.

«Mejor, así nos llevan a Bahía». Se lo conté enseguida a Kika, que aplaudió contentísima y me abrazó, provocando un montón de «¡uuuuuu!» chiflidos, aplausos y risas de absolutamente todos los chicos, chicas y adultos presentes.

Mi cara estaba roja como un tomate, pero a ella nada le daba vergüenza, al contrario, rio con una risa tan cristalina y radiante, sin dejar a abrazarme, que hizo que se me fuera la vergüenza a mí también, la sujeté fuerte por la cintura y la di vuelta en el aire bajo el aplauso de todos. Estaba tan feliz que le hubiera estampado un beso en los labios, pero no me animé, a ver si arruinaba todo.

Mi papá tenía los ojos llenos de lágrimas, pero eran de felicidad —un poquito de tristeza también—, y aplaudía.

Creo que fue justo ahí cuando empezamos a ser novios. Aunque ninguno de los dos dijo nada. No era el momento adecuado. Después tampoco dijimos nada.

A la noche, cuando todos se hubieron ido y nos quedamos solos con la abuela y papá, me acordé del sobre que me había dejado tío Hugo. Me había llamado por teléfono a la mañana, justo cuando estaba saliendo para el colegio.

Fui hasta mi habitación y saqué el sobre de la mesita de luz, lo abrí bajo la atenta y absorta mirada de Kika, que me había seguido y se había sentado a mi lado.

—Seguro que hay plata —dije con una sonrisa.

—¡Te vas a poder comprar un jueguito para la *play*! —dijo ella, aplaudiendo. Me dio mucha ternura lo último que se me hubiera ocurrido en aquellos momentos, era comprarme un jueguito de *play*.

El sobre contenía dos fotos; en una estaba él, tío Hugo, conmigo en brazos, yo era bebé y por supuesto ni me acordaba que la hubieran tomado. En la otra, estábamos los cinco: mi mamá, mi papá, tío Hugo, tía Julia —su esposa—, y yo. Era una foto preciosa. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me las limpié enseguida. Estaba harto de llorar.

A mi mamá no le gustaba que la gente llorase, aunque decía que, a veces, hacía falta para desahogar, pero después ya no, no se puede vivir llorando. Hay que recordar a la gente con alegría. Eso me decía. Pero me costaba mucho. Igual no lloré más. Detrás de las fotos, había dos billetes, de los grandes. Me reí y se los mostré a Kika.

—¡Te dije que me iba a dar plata!

Ella sonrió chiquito y agarró las fotos, se quedó mirándolas, luego me las devolvió.

—Tenés una familia muy linda —susurró.

—Tenemos —repliqué—, ahora también es tuya.

En eso, la puerta se abrió y apareció la cara de mi papá, que estaba muerto de sueño.

—Chicos, acuéstense que es tarde. Kika, mañana, vos y yo tenemos que ir al juzgado.

—¿Otra vez? —bufó, haciendo pucheros.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Mi papá enarcó las cejas y frunció los labios negando con la cabeza. Me resultó evidente que había algo que no quería decir, así que insistí.

—¡Dale pa! ¿Qué pasó?

Lo pensó durante unos segundos, revoleó los ojos, pero no dijo nada.

—Vayan a dormir. Mañana hablamos. —Se quedó de pie junto a la entrada, hasta que Kika fue a su habitación, le habíamos preparado un cuarto cerca del mío, que no se usaba más que para guardar cosas.

—¡Igual voy a pensar toda la noche en eso! —lo desafié, en voz muy baja, antes de que cerrara la puerta. Sabía que no nos quería contar para no preocuparnos.

—No es nada grave. Dormite. —Me guiñó un ojo y me sonrió. Eso sí me tranquilizó.

22. Que nada te cambie

La mañana del viernes en la escuela me resultó lenta y aburrida. Hubiera preferido ir al juzgado con Kika y mi papá, pero teníamos que portarnos «espectacularmente bien» para que ella pudiera quedarse con nosotros. Así que ni siquiera protesté, fui al colegio sin chistar. Pero fui triste, había amanecido con lluvia, y la lluvia me había empezado a poner triste desde esa vez en que encontré a Kika en aquella tapera, toda lastimada.

Mamá solía decirme que era bueno que lloviera, porque «el agua se lleva todo lo malo». Aquella vez no había sido así. Lo malo había venido con la lluvia. O tal vez había venido antes, con la tormenta previa, porque fue durante la tormenta que la atacaron, y después, tal vez la lluvia hizo que yo la encontrara, no lo sé. Pero aquel día llovía y yo estaba triste.

Agustín había faltado otra vez, como el día anterior, y no había ido a mi cumpleaños. A pesar de la compañía de Joaco y Franco, lo extrañaba.

Romina se me acercó en un recreo para decirme no sé qué cosa de mi cumple. Le contesté con algún monosílabo y me fui, no tenía ganas de hablar con ella. La pobre se quedó viéndome, extrañada, normalmente me desvivía por su atención, pero ese día no quería. Estaba nervioso, a pesar de que mi papá me había dicho que la razón por la que Kika debía ir al juzgado no era nada grave.

Me estaba sintiendo como el día en que me enteré que mi mamá había muerto. Igual. Sentía náuseas, quería vomitar, me faltaba el aire. La *seño* de matemáticas me hizo salir en mitad de la clase porque me vio muy pálido y transpirado, y encima, temblaba. Me llevaron a la dirección y casi, casi llaman a mi papá, les pedí que por favor no lo molestaran porque estaba haciendo algo demasiado importante. Me largué a llorar delante de la directora y la *profe* de lenguas ¡qué vergüenza! Después ya me sentí un poco mejor. Al final logré que, en lugar de llamar a mi papá, llamaran a Moni, nuestra vecina, que fue corriendo hasta la escuela e hizo una entrada de película que me causó mucha gracia. La pobre tenía tremenda cara de susto y se había puesto un piloto, un sombrerito y un paraguas, todo de plástico transparente. Parecía una Mary Poppins espacial.

—¡Tizianito, querido! —Me apretujó entre sus brazos con tanta ternura que me conmovió, yo andaba muy sensible por esos días—. ¿Estás bien?

Moví la cabeza en forma afirmativa y la miré de frente. No me había dado cuenta que tenía unos ojos tan expresivos y verdosos, ni de

que era tan bonita.

—Gracias por venir —le dije mientras ella me sostenía la cara con las manos—, no quería que llamen a mi papá porque está haciendo un trámite con Kika.

—Sí, está bien... no te preocupes, ¿estás mejor ya? ¿Querés que te lleve a casa?

Yo quería irme, la verdad. Pero no podía salir de la escuela antes de hora, sin autorización de mi papá, así que Moni se quedó conmigo. Faltaba muy poco para la salida. Ella le contó a la directora que yo sufría ataques de pánico desde la muerte de mi mamá y que seguramente, eso era lo que me había pasado. Tal vez. Yo tenía un revuelo en el estómago que apenas me dejaba respirar. Me daba miedo, porque era lo mismo que sentí antes de enterarme lo de mi mamá.

Estando ahí, en la dirección, fue que escuché que algo había pasado con Agustín, una de las secretarias entró y llamó a la directora, le contó algo de unos médicos y escuché la palabra policía, lo cual me asustó un poco.

Agustín era hermanastro de Catriel, el que iba conmigo a fútbol. Pero Catriel vivía con su mamá e iba a otra escuela. Menos mal, porque aguantarlo en dos lugares hubiera sido demasiado para mí. Los dos eran hijos del mismo padre, Agustín era un año más chico. Traté de enterarme qué había pasado, pero hablaban en código o algo así. No supe qué, pero algo había pasado.

Cuando sonó el timbre de salida, me fui con Moni hasta mi casa, se quedó conmigo ya que mi papá y Kika aún no habían regresado. Me preparó algo de comer con lo que encontró en la heladera. Mientras, llamé a la casa de Agustín. No me atendió nadie, entonces llamé a Catriel, me atendió la mamá, después me pasó con él.

—*¿Qué hacés, cagón?* —me dijo a modo de chiste (él era así). Me molestó, por supuesto, pero no me iba a poner a pelear por teléfono.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —pregunté.

—*Lo mismo de siempre. Mi viejo lo cagó a palos, por marica.* —Me quedé esperando a que se riera, como siempre, pero no rio, más bien me pareció que lo había dicho con cierta tristeza.

—¿Me lo decís en serio? —Me costaba creerlo.

—*¡Claro! ¡Si es un maricón! ¿No sabías? Llora por todo.*

Yo también lloraba por todo y no me consideraba ningún maricón.

—¿Está bien? —pregunté.

—*¡Qué se yo, está en el hospital! Por culpa de él, a mi viejo lo metieron...*

—*¡Catriel!* —Se escuchó la voz de su mamá.

—*Tengo que cortar, ¿vas a ir a fútbol?*

—No... no sé...chau.

—*Chau.*

Me senté en el sillón. Me costaba creer lo que había escuchado, pero estaba seguro de que era cierto. Y también intuí que cuando la mamá lo hizo callar, me iba a decir que al padre lo habían metido preso.

La puerta se abrió y mi papá y Kika entraron con rostros inexpresivos, ya se habían enterado lo de la escuela. Moni había dejado un mensaje en el celular de mi papá.

—¿Estás bien? —me preguntó él, revolviendo mi pelo con las manos.

—Sí. ¿Qué pasó? ¿Para qué los quería ver la jueza?

—Porque me van a llevar a vivir a un palacio —respondió Kika muy seria. La sonrisa de mi papá dejó en evidencia que estaba bromeando—. ¡No, mentira! —aclaró enseguida, dándole un beso en la mejilla a Moni—. Me consiguieron una casa de adopción.

—¡Kika! —exclamó mi padre, y ella empezó a reír a carcajadas mientras se quitaba el gorrito blanco, la bufanda y el abrigo. Todo estaba húmedo por la lluvia.

—¿Me pueden contar qué pasó? —me impacienté.

Kika se desplomó a mi lado y dobló una rodilla sobre el asiento. —Creen que puedo ser una refugiada de las guerras yu... gos... lavas. —(Se ve que le había costado aprenderse la palabrita).

Mi papá, que se había sentado en el brazo del sillón, asintió.

—Están investigando todavía —señaló él, cauto—, pero, por la edad que tiene, el hecho de no existir registro alguno de su nacimiento en el país, el haber vivido sus primeros años en Bahía Blanca, que tiene puerto y fue un sitio donde se alojaron algunos inmigrantes, sumado a su breve conocimiento del idioma polaco... podría ser que vino con alguien, tal vez con esa mujer, la Pola, escapando de los conflictos. Es una posibilidad, no muy firme todavía, pero es posible...

—Pero, ¡si ni se sabe la edad que tiene! —protesté.

—Doce. Tengo doce años —aseguró ella, casi con orgullo—, lo dijeron los médicos.

—Y ellos, ¿cómo saben? —No quería enterarme más de lo que ya sabía acerca de Kika, no quería que nada ni nadie me la cambiara. Temía, que averiguar quién era o de dónde provenía, la cambiaría. Y no estaba preparado para eso. No quería estarlo.

23. Dobra podróż

El sábado, después del desayuno y mientras mi papá hacía no sé qué cosas en el auto —siempre lo estaba arreglando—, Kika y yo nos fuimos a caminar por el barrio. Era un día soleado y no hacía mucho frío.

A pesar de lo poco que me gustaba, decidimos ir hasta el hospital, para intentar ver a Agustín. Me había dejado muy preocupado lo que me había contado Catriel por teléfono.

Y más aún me preocupé cuando vi un policía en la puerta de su habitación, que estaba entreabierta. Agustín tenía un brazo enyesado hasta el hombro, con unas tiras blancas que le cruzaban el pecho y una venda en la cabeza. Kika se agarró la cara con las manos, de la impresión.

—¿Podemos pasar? —le preguntó al policía—. Somos compañeros de la escuela.

El oficial nos escrutó con la mirada y nos indicó que esperásemos. Habló con una enfermera que estaba dentro de una oficinita y regresó con ella. La mujer nos miró de arriba abajo, con cara de pocos amigos.

—¿Con quién vinieron? —preguntó.

—Solos —contesté encogiendo los hombros.

—No pueden estar solos acá. Son menores de edad. —La mujer nos señaló la salida.

—Pero, solo queremos ver a Agustín... —dijo Kika con su mejor cara de lástima—. Su papá lo golpeó... Por favor, ¿un ratito? Además, yo tengo doce años y él once, ¡no somos taaan menores!

Increíblemente, la mujer sonrió y el policía también.

—¿Cuáles son sus nombres?

—Tiziano —respondí—, voy al mismo grado que Agustín...

—¿Tiziano cuánto?

—Etchegoyen, con t.

—¿Y vos?

Kika me miró de costado.

—Kika Etchegoyen, también con t.

—¿Kika? —se asombró la enfermera.

—Kika —repitió mi amiga.

La mujer nos estudió, con las manos metidas en los bolsillos del ambo y nos indicó que esperásemos un ratito. Fue hasta la habitación donde estaba Agustín y luego se asomó por la puerta, llamándonos con un gesto.

—Dos minutos —dijo. Y nos mostró dos dedos en V.

—Gracias —respondimos a la vez.

Entramos despacito, como con miedo. Había otra cama, desocupada. Agustín estaba solo. Nos miró y sonrió apenas, con tristeza, me parece. Su cara estaba hinchada y amoratada, estaba tan feo el pobre...

—¡Hola! —dije en voz baja.

—Hola Tiz... ¿Cómo estuvo tu cumple?

—Buenísimo...

—¿Cómo estás? —preguntó Kika desde atrás mío.

—¿Quién es?

—Mi amiga, Kika... vive en mi casa... después te cuento... ¿qué te pasó?

A Agustín se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi papá... ¿No sabés cómo está mi mamá? —preguntó todo lloroso.

Yo moví la cabeza, negando. No sabía qué hacer. Kika se sentó en la cama y le agarró la mano que no tenía yeso.

—Mi papá siempre se enoja con mi mamá y le pega... pero esta vez se pasó... la pateó mucho. —Agustín empezó a llorar. Yo no sabía qué hacer, empecé a transpirar y a sentir que mi cuerpo temblaba, creo que Kika también lo notó porque soltó a Agustín y agarró mi mano—. Yo la quise defender... —siguió mi compañero, después no pudo hablar más, de lo mucho que lloraba. La enfermera entró y le dio un vasito con agua. Nos dijo que ya era suficiente, que nos teníamos que ir.

—¿Cómo está su mamá? —preguntó Kika.

—Lastimada, pero va a estar bien, no se preocupen.

—¿Hay alguien con ella?

—El papá. El papá de ella. —Se apuró a corregir ante nuestra cara de pánico. Entonces me acordé de que Agustín no tenía abuela, había fallecido el año anterior. «O sea», pensé, «que el pobre abuelo está solo con su hija y su nieto, los dos hospitalizados por culpa de ese grandísimo hijo de... al que habría que meterle un palo en.…»

—¿Y el papá de Agustín? —Kika cortó mis macabros pensamientos.

—No puedo contestar eso.

—¿Podemos ver a la mamá? —insistió.

—¡No! Se tienen que ir. Ya les dije que no pueden andar solos por acá.

Salimos bastante tristes, por suerte a mí se me pasó enseguida el malestar. Kika se colgó de mi brazo y caminamos un rato en silencio.

—¿Me dijiste que el tipo es el papá, también, del que te molesta en fútbol? —preguntó.

—Catriel. Sí. Pero no me molesta a mí. Molesta a Salva... que es chiquito... bueno un poco más chico de cuerpo, físi....

—Sí, ya sé. Lo vi en tu cumple —me interrumpió—. ¿El papá está preso?

—Así dijo Catriel... pero si el policía está en la puerta... no sé...

—¿Habrá otro policía en la habitación de la mamá?

—Seguramente... Seguro que a la mamá de Catriel también la golpeaba, por eso se separó.

—Capaz a Catriel también lo golpea y por eso es tan peleador. A veces pasa.

—A vos también te pasaron cosas feas y no sos mala, sos buena. A mí antes de lo de mi mamá, tampoco me habían pasado cosas feas, pero yo era medio como él, como Catriel... me reía de Salva...

Kika me apretó el brazo.

—Ya no te reís más de la gente, ahora sos más bueno. Conmigo siempre fuiste muy bueno.

—Porque estaba solo. —Bajé la cabeza, avergonzado—. Si las primeras veces que te vi, hubiera estado con los chicos...

—Pero estabas solo y me ayudaste, eso es lo que importa, que ya no sos malo. La Pola siempre me dijo que, aunque haya mucha tormenta, después sale el sol, y que hay que sonreír y hay que ser bueno...

—La Pola fue muy buena con vos.

—Sí, siempre me estaba cuidando.

—¿Y si fue la Pola la que te trajo de las guerras esas?

Ella me miró con asombro. Enseguida se entristeció.

—No, no me habría dejado nunca con Laura y con Guille...

—A lo mejor no sabía que eran malos.

—Como las mamás de Catriel y Agustín —reflexionó en voz alta —, seguro no sabían que el hombre ése era tan malo y por eso se casaron con él y tuvieron hijos, ¿eso pensás?

Asentí con la cabeza. Era la hora del almuerzo y tenía algo de hambre. Mi papá nos esperaba en la puerta, con el auto reluciente.

—¡Hola! —dijo, no muy alegre— ¿Me podés explicar para qué te di el teléfono, si no lo usás más que para sacar fotos?

—¡Perdón! —Era cierto, siempre se me olvidaba llevarlo.

Kika se rascó la cabeza y frunció la cara, sintiéndose también un poco culpable.

—Suban al auto —nos ordenó levantando las cejas. Le sonreí y él me hizo una caricia, no estaba enojado, estaba tibiecito, como el día.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—¡Sorpresa!

—Pero, ¡tenemos hambre!

—Lo imaginé. Ahí tienen un tupper con sándwiches. ¡Apuren, que tenemos que ir a buscar a Elisa y a Silvia!

¿Adónde iríamos? Kika aplaudió divertida mientras se acomodaba en el asiento.

—«¡Dobra bodrush!». [3]

—¿Qué? —pregunté. Ella rio y levantó los hombros.

—¡No tengo idea! «¡Dobra bodrush!»

24. Tutaj

Nuestro paso por Bahía Blanca fue cortito, llegamos durante el atardecer del sábado.

Costó encontrar el barrio donde había vivido Kika porque, al no haber salido demasiad de la casa, le resultaba imposible dar las indicaciones necesarias. Finalmente reconoció una avenida que habría recorrido con la dichosa Pola. Fue recién allí que comencé a percibir a esa mujer como una persona real, que empezó a tener un rostro en mi imaginación. Era una mujer bastante mayor, con la cara surcada de arrugas, ojos chiquitos y celestes, robusta, con el pelo rubio trenzado cayendo sobre su espalda.

—Le dolían siempre los huesos— evocó Kika, con los ojos perdidos en el horizonte.

La avenida era amplia, bastante oscura, con un farol en cada esquina y otro a mitad de la cuadra.

—Allí. —Señaló con el dedo hacia nuestra izquierda.

Era un barrio, de esos que se arman solos, donde la gente levanta cuatro paredes con lo que tiene a mano y coloca un techo con lo que puede, donde los perros fisgonean cada rincón buscando comida y las callecitas internas son todas de tierra. Uno de esos barrios llamados «peligrosos», donde uno no se atreve a entrar así como así. De hecho, tanto Silvia como Elisa le pidieron a mi papá que no entrase. Estacionamos sobre la Avenida.

—Mi casa estaba ahí. —Kika mostró una superficie rodeada por un alambrado, con uno o dos postes clavados.

—¿Estás segura? —preguntó mi papá—. No parece que hubiera habido una casa en ese lugar.

—Deben haber sacado todo después del incendio— dijo ella con voz bajita—, la Pola venía desde allá —señaló hacia nuestro frente— y yo la veía por la ventana de mi pieza, que estaba sobre este lado. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y Silvia, que estaba en medio de los dos, la abrazó.

Hubo un silencio largo.

—Ahora vengo —dijo Elisa, bajando del auto. Cruzó la avenida, hacia un almacén que estaba en la vereda de enfrente.

Mientras esperábamos, Kika les contó a mi papá y a la asistente social algunas cosas que yo ya sabía, como lo de la cadenita que había escondido en algún lugar y no recordaba dónde.

—Mañana vamos a ir a buscarla —le aseguró Silvia, cariñosamente—, tal vez la encontremos...

Elisa regresó con unos paquetes de galletitas, papas y unas

botellitas de agua y de gaseosa. Había tardado bastante.

—Efectivamente —dijo al subir—, los almaceneros recuerdan a Laura y a Guillermo. Y a la famosa Pola, solía venir a pedirles comida.

—¿Y qué más te dijeron? —preguntó Kika con ansiedad.

—No sabían que el matrimonio tuviera una hija...

—Y no, si nadie me veía nunca —recordó con tristeza.

—La que sí les contó que tenía una nieta, fue la Pola... —Kika abrió los ojos como platos.

—Tal vez... —dijo mi papá, mirando a las dos mujeres—. ¿Creemos que...?

—No lo sé. Después hablamos. —Elisa extendió un paquete de papas a Kika, que se lo arrebató de un tirón, enojada.

—¡Quiero saber! —gritó—. ¿Qué te dijeron?

Elisa miró a mi papá y suspiró, resignada.

—Que la casa ésa, la que se incendió, era un lugar...

—De putas —escupió Kika—. ¿Eso te dijo?

Los tres adultos bajaron la vista, con tristeza. A Kika las lágrimas le rodaban copiosamente. De pronto pasó a los empellones, por encima de Silvia y se acomodó al lado mío, me agarró la mano y tiró su cabeza sobre mi hombro.

—Yo fui una de esas putas... —sollozó, rascando mis dedos. Los tres adultos suspiraron, creo que con frustración, o con bronca. Rodeé el frágil cuello de mi amiga con el brazo y le acaricié el pelo, que le llovía sobre la cara.

—Vamos al hotel —dijo Elisa con suavidad.

Nos acomodamos en dos habitaciones. La doctora y la asistente quisieron hablar a solas con Kika, pero ella no aceptó. Quiso que mi papá y yo estuviéramos presentes. Mi papá me preguntó si yo realmente quería estar, contesté que sí, por supuesto. Ya estaba grande y sabía, antes que nadie, todo lo que había pasado con ella.

Abrazada a mí contó de nuevo su triste historia, y el papel tan importante que la Pola había jugado en su vida. Les contó incluso, que creía que había sido ella quien había iniciado el incendio, para poder sacarla de allí. Kika, que ya había dado la descripción de la Pola, dio también la de los otros dos: Laura era una chica más o menos de la edad de Silvia, flaquita de pelo negro, no muy largo, vivía fumando y a veces estaba de buen humor, a veces no. No la trataba tan mal, pero a veces le tiraba de los pelos. Laura tenía tatuada una flor en el hombro izquierdo. Guillermo era alto, un poco más mayor, de pelo negro muy cortito, tenía tatuajes en los brazos, en el cuello y en el torso. Era brusco y le pegaba por cualquier cosa. Fue el primero que le hizo hacer ciertas cosas que no se atrevió a contar, después trajo a un amigo que hizo lo mismo con ella. Entonces vino lo del incendio y la Pola se la llevó.

Qué decir del silencio que nos embargó. Fue sobrecogedor. Kika se durmió en mis brazos porque no hubo forma de separarla de mí. Y cuando la vi dormida, me largué a llorar hasta que me dormí. Durante la noche, alguien nos colocó una manta por encima.

El domingo recorrimos las playas. Kika recordaba haber metido la cadenita en un caracol rojizo y éste dentro de un agujero, en una especie de gruta, luego, ella y la Pola, lo habían tapado con piedras. Pero no tenía idea dónde.

—Si estuviera la Pola se acordaría —dijo con nostalgia mientras se quitaba las zapatillas y las medias, y echaba a correr por la arena blanca y helada.

—¡Te vas a enfermar! —le gritó Elisa.

—¡Yo no me enfermo nunca!

Y corrió, corrió, con su pelo y su bufanda persiguiéndola, a los saltos, y todos nosotros sonriendo, embelesados, como si estuviéramos viendo un ángel.

—¡Es acá! —gritó con el mar como caja de resonancia, estaba tan lejos que apenas pudimos oírla. Hacia allá corrimos.

Había una marca en una piedra, hecha con algo afilado, una especie de T, o una cruz, seguida de unos símbolos inteligibles.

—¡Tutaj![4] —exclamó Kika con una sonrisa de oreja a oreja—, lo escribió la Pola.

Removimos las piedras, como piratas en busca de un tesoro y allí estaba, lleno de pedregullo, hongos y hormigas, el caracol rojizo. Costó limpiarlo, pero al cabo de un rato, la cadenita cayó sobre la arena, se veía negra, mugrienta, hasta daba asco agarrarla.

—Según los almaceneros, el incendio fue hace unos tres años... —comentó Elisa.

Kika estaba entusiasmadísima con su cadenita, la metió dentro de un pañuelo de papel y me miró con una sonrisa triunfal. Yo tenía un nudo en la garganta. Tres años antes, Kika tenía tan solo nueve años...

25. Alicja

Una vez limpia y pulida, la cadenita brillaba como un sol. Era de oro, pero de un oro muy valioso, dijo mi papá, no como el de las chucherías, que se bañan con una capa dorada para aumentar su valor. Este era oro de verdad.

La medallita era redonda y plana, bien finita. Todo el borde tenía unos dibujos muy pequeños, como de hojas. De un lado decía «Alicja», del otro tenía grabada una fecha: 10-12-1995.

Entre todos armamos una historia en la cual, Alicja era el verdadero nombre de Kika y la fecha, la de su nacimiento. Coincidía, además, con lo que había acordado con la Pola: que fijarían su cumpleaños para los días diez de diciembre. El año mil novecientos noventa y cinco podía, perfectamente, ser el año de su llegada al mundo, ya que, según los médicos, tenía doce. O sea que, en pocos meses, cumpliría trece. Sin más vueltas, concluimos que el nombre original de Kika era Alicja.

Pero, prudentemente, mi papá nos pidió que no la llamáramos de esa forma, porque también podía ser que la tal Alicja fuera una hija o, más probablemente, una nieta de la Pola, que se hubiera quedado en los países aquellos, donde estaban las guerras.

Tal vez la Pola no andaba bien de la cabeza y por eso le decía a Kika todas esas cosas. Y, tal vez, por la misma razón, le había regalado la cadenita.

—Hay algo que no me cierra —dijo mi papá, pensativo—, si esa mujer vino de Polonia, no tiene por qué haber venido a causa de las guerras de las que hablábamos, los países del conflicto están más al sur.

—Podría ser que, por alguna razón, estuviera viviendo en esa zona —acotó Silvia que, tal como había prometido, pasaba todos los días por casa—. O, podría ser que no fuera polaca, que fuera serbia, o croata.

—Pero el idioma es polaco —aseguró mi papá con los brazos cruzados—. No solo lo que Kika recuerda. En la piedra estaba escrito «acá», en polaco... «tural, tufar».

—Tutaj —corrigió Kika. Mi papá sonrió.

—Algunas palabras suenan parecido —pensó Silvia en voz alta —. No lo sé.

—Ella me dijo que era polaca —agregó Kika, al tiempo que miraba la medallita colgando en su cuello—, pero quizá era de otro país, como no entendía el idioma... Tal vez pensó que se decía así.

—¿Qué cosa? —pregunté.

—El país.

—No entiendo.

—Claro —me explicó, girando su cuerpo hacia mí, en el sillón donde estábamos sentados—. Vos sos argentino, suponete que te vas a... China. Y no sabés decir «Argentina» en chino. Entonces un chino te dice... —estiró sus ojos con los dedos, hacia los costados— ¡Ah! Achini, Achini.

Hice fuerza para no reír a carcajadas. Ella prosiguió. —Entonces decís, listo ¡claro! soy de Achini. Y resulta que, en chino, Achini quiere decir... qué se yo ... ¡Venezuela! ¡O México! ¿Entendés? Entonces todo el tiempo que estás en China, le decís a la gente que sos de Achini. Ellos piensan «es de venezuela» o «es de México». Y ¡no, no sos de Achini! ¡Sos... Argenchini! —Nos desparramamos sobre el sillón, descostillados de risa.

Mi papá y Silvia rieron también, pensativos. El razonamiento de Kika podía tener cierta lógica.

—Voy a sacar unas fotos de esa cadena y de esa medalla. Y le voy a comentar a la Jueza, a ver qué nos dice. —La asistente social se volvió hacia Kika—. ¿Tenés idea...? —Dudó si continuar hablando o no, ya que seguíamos riéndonos hasta las lágrimas, el Achini nos había causado muchísima gracia.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Sabés adónde se llevaron el cuerpo de la Pola cuando murió?

Kika encogió los hombros y levantó las cejas.

—Al cementerio... yo no fui porque tenía miedo que me llevara la policía. Pero Lito me dijo que la mandaron a.... ese cementerio grande que... tiene un equipo de fútbol, creo...

—¿Chacarita?

—¡Ese!

—¿Quién es Lito?

—Uno que paraba con nosotras...

—¿Adónde?

—Por ahí.

—Kika, tal vez este señor, Lito, nos pueda ayudar, y tal vez nosotros lo podamos ayudar a él... ¿sabés dónde lo puedo encontrar?

—Solía andar por Retiro...

—¿Cómo es?

—Viejo... tiene barba, le faltan algunos dientes, está medio loco... ¡Tiene los ojos muy, pero muy azules! Azul bien oscuro. Pero creo que se murió...

Esa noche Kika tuvo fiebre, le dolía la garganta y tenía los ojos vidriosos. Me asusté mucho. A mi cabeza regresaron las imágenes de cuando mi mamá estuvo enferma, sus ojeras, su mirada perdida, los

cables que entraban y salían de sus brazos.

Mi papá la envolvió en una frazada y la subió al auto, salimos a toda velocidad rumbo al hospital. Otra vez el hospital, con ese olor nauseabundo a fármacos y a sangre. Empecé a temblar de pies a cabeza. No podía controlarme.

Mientras conducía, mi papá nos miraba con preocupación, yo iba sujeto con el cinturón a su lado y Kika, acostada en el asiento de atrás, los dos, tiritando y temblando. Creo que se arrepintió de no haber llamado a Silvia para que volviera, o a Moni, que lo ayudara.

Igual, un rato más tarde, estaban las dos haciéndonos compañía. A Silvia no hubo más remedio que llamarla, porque Kika seguía sin documentos, y Moni nos había visto por su ventana salir corriendo de casa. Nos había gritado, dijo, pero no la escuchamos.

A mí el temblequeo se me pasó con unas gotitas que me dio la misma enfermera que nos había atendido cuando fuimos a ver a Agustín, de paso me contó que mi compañero ya estaba en la casa, con su mamá, y que los dos estaban bien. Pero no supo decirme nada del papá.

A Kika la tuvieron en observación esa noche, yo me quedé un rato a su lado.

—Cuando me hagan el documento de identidad, voy a pedir que me pongan Alicja —susurró, y se quedó dormida.

Al otro día ya estaba en casa. Y entonces el tiempo se empezó a volar.

26. Verte brillar

Lo único que tuvo fue una gripe mayúscula, que se le juntó con los efectos secundarios de los retrovirales y de algunas vacunas que le habían colocado como prevención. En dos días estuvo como nueva, hasta la doctora se asombró de lo rápido que se había repuesto.

Lamentablemente, conmigo la cosa fue diferente; la frecuencia de mis ataques de pánico aumentó y Elisa consideró que urgía la intervención de un psicólogo. Según ella, no tenía sentido esperar el arribo de Julia desde Villa Gesell, para que me viera una vez al mes. Había que comenzar el tratamiento lo antes posible. Me recomendó a un doctor llamado Rodolfo Alvear, amigo de ella.

La primera visita ya me hizo bien. Era un hombre mayor, con pinta de abuelo, barba canosa, ojos simpáticos, algo panzón, sumamente alto y con la voz bastante grave. Primero habló un largo rato a solas con mi papá mientras yo esperaba afuera. Kika no había podido acompañarme porque todavía tenía que guardar reposo. Quedó en casa, al cuidado de Moni, bufando.

Al salir mi papá, del consultorio, entré yo. Rodolfo me recibió con una reconfortante sonrisa, extendiéndome una mano regordeta que yo estreché, como lo hacen los grandes. Me invitó a sentarme en un gran sillón de cuero borravino y él realizó lo propio sobre una silla giratoria de color manteca, frente a mí.

Me hizo algunas preguntas superficiales, como de qué cuadro era, si me gustaban las milanesas, si me gustaba alguna chica. Después hizo unas bromas inocentes, que me hicieron reír, justamente por lo tontas que resultaron y, finalmente, me explicó que lo que me sucedía a mí, les ocurría a muchas otras personas, que él se especializaba en el tema, que me ayudaría a manejar mis crisis y, eventualmente, a llegar al fondo de la cuestión, y tal vez, aunque era probable que no resultase fácil, a solucionarlo. Quedé conforme con lo que me dijo.

Volví a casa contentísimo. Tenía cita con él todos los jueves.

Papá volvió a trabajar y yo al colegio, por lo que Silvia pasaba todos los días a buscar a Kika para que no estuviera sola. Mientras la justicia seguía su curso con las investigaciones, ella acompañaba a la asistente social a los lugares que visitaba por su trabajo. De paso, Silvia cumplía con respecto a Kika: asegurarse que estuviera bien y conocerla lo mejor posible. Aunque era más que trabajo, Silvia se hacía encariñado mucho con ella. Y era recíproco.

Le hizo hacer, también, un examen nivelador para evaluar sus conocimientos y la ayudó a comenzar a estudiar. Decía que Kika tenía bien afirmados los conocimientos del primer nivel y, que con poquito

esfuerzo (porque era una nena muy inteligente), podría rendir libre desde cuarto grado en adelante. Era imposible inscribirla en algún colegio, por culpa del dichoso tema de los documentos, ni siquiera uno provisorio podían darle todavía.

A veces iba con ellas después del colegio, cuando no tenía fútbol. Me encantaba acompañarlas. Así conocimos por dentro un hogar para niños huérfanos, la sala de espera de un centro asistencial para mujeres con hijos pequeños o embarazadas, y un centro de contención para menores carenciados, creo que así se llamaba.

La verdad es que pueden ser lugares muy divertidos si no se tiene en cuenta la realidad espantosa que representan: la de los chicos y madres solos y marginados, maltratados, sin familia.

El Instituto estaba lleno de nenes y nenas que reían fuerte, que gritaban a más no poder y que, tanto podían pelearse por un juguete destartalado, como cantar de la mano y en ronda, el «arroz con leche». Las veces que fuimos, Kika y yo, la pasamos bárbaro. Les contamos cuentos a los chicos y hasta improvisamos, una tarde de lluvia, un pequeño numerito musical que hizo llorar de risa a todos.

Silvia nos explicó que esos sitios en particular —en los que ella trabajaba—, eran bastante tranquilos porque los internos no pasaban de los seis años. Pero que había otros, en que los chicos eran más grandes, donde la cosa se complicaba. Y los peores eran aquellos en los que convivían chiquitos de dos, tres o cinco años, con pibes de trece o catorce.

Aunque, nos decía Silvia, todo era cuestión de saber llevarlos. Era de la opinión que los chicos no nacen malos.

Con el tema de que Kika estaba estudiando, andábamos investigando mucho en la computadora de mi papá. Nos pusimos, entre otras cosas, a aprender polaco. ¡Qué idioma difícil! Encontramos unos diccionarios fáciles de leer y descubrimos el significado de algunas de las palabras que la Pola le había enseñado a Kika, como por ejemplo, eso que a ella le salía tan espontáneamente cuando íbamos a algún lado: «dobra bodrush», era, en realidad, la pronunciación de «dobra podróż», que significa «buen viaje». Averiguamos algo también acerca de esas guerras yugoslavas que, de acuerdo a lo que pensaban papá, la doctora y Silvia, habrían traído, por lo menos a la Pola, hasta estas tierras tan lejanas. No entendimos mucho, pero aprendimos a localizar Polonia en el globo terráqueo, y supimos que la ciudad de la que alguna vez le hablara esa mujer, era Varsovia, con lo que ya no quedaron dudas: la Pola era polaca.

Apenas escuchó la palabra Varsovia, Kika dijo —¡Esa es la ciudad de la que me hablaba la Pola! ¡A la que quería volver!

Entonces, la asistente social llamó enseguida a no sé quién para contarle. Porque servía en la investigación, nos dijo.

Como había días en los que Silvia no podía llevar a Kika a los lugares donde iba, y habiéndose dado cuenta a esas alturas, de lo payasa que ésta era, se le ocurrió que podría gustarle asistir a un taller de teatro. Buscó uno gratuito y la anotó. Kika estaba maravillada.

Pero entonces se le presentó otro problema: en un futuro ¿querría ser enfermera o querría ser actriz?

Lo de ser enfermera se le había despertado por tanto chico desamparado que habíamos visto y tanto hospital por el que habíamos pasado. El altruismo corría por sus venas. Y seguramente haría grandes cosas con ello.

Pero su vocación era otra, la que expresaba con el alma cada vez que podía, la que fluía libre en cuanto encontraba espacio. La que le daba placer y le iluminaba los ojos. La que le hacía crecer alas y la convertía en hada o en princesa, o en reina, o en libélula. La que la hacía cantar bajo la lluvia o correr descalza por la arena helada. La que la había mantenido a salvo toda su vida. Su vocación era ser libre. Y actuar. Lo supe cuando lloré de emoción al verla brillar, por primera vez, sobre un escenario.

27. Ninfa

Fue para principios de octubre, que se hizo la muestra en el Centro Cultural donde participaba Kika. Ya había estado en casa, embelesada, ensayando sus textos y sus bailes. Nuestra vecina Moni, que también se sentía medio artista, solía ayudarla los fines de semana, y fue quien le cosió los dos vestidos que usó esa noche. Mi papá compró las telas, tules y flores de papel, en Once. La verdad es que nos divertimos muchísimo en toda esa etapa, la de los ensayos y las compras, además, de lentejuelas, canutillos y otras ornamentaciones que requirieron sus trajes.

La tarde que asistimos a la fiesta, Kika estaba nerviosa, y muy, muy feliz. Reía más que nunca, reía por todo. Y estaba tan linda... Fue un sábado. Lo maravilloso fue que, además de la doctora Elisa y su novio, Silvia, mi doctor, Rodolfo, Moni con su mamá, mi papá y yo, casi todos los vecinos estuvieron presentes. La gente del Centro Cultural había pegado cartelitos por las paredes del barrio y, como ya para esa altura, la mayoría conocía a Kika, que era tan dulce y simpática, quisieron estar presentes en su gran debut.

Así que, cuando salió al escenario, fue ovacionada. En «El bosque encantado» —así se llamaba la obra— hizo de ninfa; una especie de hada que vivía en un bosque precioso —hecho de cartón pintado—, y ayudaba a la Princesa Elenita a encontrar una piedra muy importante para los habitantes del mismo, que había sido robado por un brujo llamado Malón —originalísimo el nombre—, a través de la cual, se les otorgaba libertad a todos los seres para vivir donde quisieran. El brujo la había robado para que nadie pudiera salir, ni de su hechizo, ni del bosque.

La obra era muy bonita, y la gente del Centro se había esmerado mucho con los decorados y la iluminación. Kika especialmente, brillaba cada vez que salía a escena. No sólo porque era una excelente actriz, sino también, porque la habían llenado de purpurina. Brillaba con las luces de colores que colgaban de la parrilla alta. Literal.

La aplaudimos a rabiar cuando le tocó saludar. Era el tercer rol en importancia, la primera era la Princesa Elenita, después Malón, y después ella. Pero sus aplausos fueron los más intensos y ruidosos, la gente se puso de pie, sus compañeros, los vecinos y nosotros, su familia, nos emocionamos hasta las lágrimas. Y ella también. Fue conmovedor verla allí, inclinándose agradecida, con la felicidad desbordando por sus ojos y por su sonrisa, cargada de «gracias» no audibles, pero sí visibles. Comprendí que sobre ese escenario estaba la

mejor versión de Kika. Y que no importaba lo que dijeran después las autoridades, ni su filiación, su nacionalidad, su edad, si fue una nena robada o regalada, exiliada o perdida. Ella ya no era nada de todas esas cosas. Era Kika. Nuestra Kika.

Después de la función, fuimos a cenar a una pizzería, éramos como diez personas adultas y unos cuatro o cinco chicos. Lo pasamos genial.

El tiempo transcurría rápido por entonces, tanto que cuando quisimos acordar, ya estábamos sobre el final de las clases. Jugué el último campeonato de fútbol, donde mi equipo perdió en semifinales, pero quedé más que conforme, porque Salva y yo pudimos armar una buena dupla, y hasta metimos dos goles —los hice yo, pero él me la pasó, las dos veces—. Y luego, a finales de noviembre, los exámenes de Kika, sacó buenas notas y le dieron por aprobado el cuarto grado. Al año siguiente, según Silvia, podría empezar a rendir todo el resto de la escuela primaria. Si en tres meses había logrado todo eso, en un año, lograría mucho más.

Después comenzamos los preparativos para celebrar su cumpleaños número trece. Kika cumplía años exactamente una semana antes que mi papá. Él no quiso que se festejaran los dos cumpleaños juntos. Quería que Kika tuviera su día especial, para ella sola. Y lo tuvo. Lo celebramos en lo de Moni, que tenía un patio enorme y entraba más gente. Medio barrio estuvo presente, también sus compañeros del centro cultural y algunos amiguitos que habíamos hecho en el Instituto de huérfanos, fue una sorpresa que a Kika le gustó muchísimo. También vinieron Salva, Joaquín y Franco. Kika tuvo un montón de regalos, se la veía súper feliz. Hasta la jueza fue. Moni le hizo una torta muy linda con un bosque, hadas, princesas, mariposas y todas esas cosas que les gustan a las chicas. También vino mi tío Hugo, con su familia, que ya se quedarían hasta fin de año, le trajo de regalo un cuadro con la fotografía que le había sacado en el aeropuerto. Y me regaló una copia a mí. Es una foto que aún conservo, donde se la ve subida al zócalo del alambrado, sobre la ruta al aeropuerto, con los brazos abiertos, los ojos cerrados y el pelo volándosele como un velo brillante. Y esa sonrisa tan suya, tan pero tan hermosa.

Antes de navidad, la jueza la hizo ir a una rueda de reconocimiento. Creían haber agarrado a uno de los tipos que la atacaron. A ella le dio mucho miedo y lloró toda la noche anterior. Verla tan mal, hizo recrudecer mis ataques de pánico, que, hasta entonces, y con la ayuda del doctor Rodolfo, habían empezado a ceder.

Comencé a preguntarme qué sería de mí cuando fuera grande,

qué pasaría si mi papá se moría, si yo golpearía a mis hijos y a mi mujer, como el papá de Agustín y Catriel. Si una hija se me perdía y alguien la atacaba como atacaron a Kika, ¿cómo reaccionaría yo? ¿Y si mataba a alguien y me mandaban preso toda la vida? No sé por qué pensaba todo eso, pero lo hacía, no podía evitarlo.

Al final Kika no reconoció a ninguno de los que le mostraron, dijo que estaba completamente segura que no eran ellos, porque sabía quiénes eran, aunque desconocía sus nombres. Nos pasamos una tarde entera mirando fotografías. No los encontró en ellas. Tuvo que dar otra vez toda la descripción del que más recordaba para hacer un identikit. Otro más.

La policía dijo que no estaba registrada en ninguna parte del país, así que darían parte a algún ente internacional del que no recuerdo el nombre. Y ahí volví a tener miedo. ¿Qué pasaría si se llevaban a Kika a otro país? ¿Era eso posible?

Antes de navidad, volvió a descomponerse.

28. Nosotros tres

Kika fue trasladada al hospital una vez más y de nuevo le hicieron un montón de estudios. A mí me estaba haciendo mal el tema de las internaciones tan seguidas y mi papá se veía realmente cansado. Creo que Silvia le propuso llevarse a Kika a su casa, y que se quedara allí hasta que estuviera bien. Por suerte, mi papá no quiso saber nada, él se había hecho cargo de la chica y él la cuidaría, le dijo a Silvia con vehemencia. ¡Me sentí tan orgulloso de él!

Esta vez, Kika estuvo dos días internada. La visitaron sus compañeros del Centro Cultural, algunos vecinos y hasta algunos de mis compañeros de colegio. Por la noche Silvia se quedó a cuidarla (sólo podían quedarse mujeres), y yo no dormí nada. Me la pasé dando vueltas en la cama, preguntándome qué le estaría pasando a mi amiga. Se ve que mi papá se dio cuenta, porque entró despacito a mi pieza y se sentó al lado mío en la cama. Sentí que el pecho se me cerraba y un nudo me tapaba la garganta.

—¿Se va a morir? —Fue lo primero que atiné a preguntar.

—¡No! No. —Me abrazó fuerte, muy fuerte y me sentí tan aliviado porque sonreía con sonrisa fresca. Era una sonrisa particular, curativa. Como cuando mamá me abrazaba.

—Kika tiene un problema en los pulmones —me dijo, manteniéndome apretadito contra su cuerpo—. Es delicado, pero se va a curar.

—¿Se lo contagiaron los tipos que la atacaron?

—No, por suerte, todavía no ha aparecido nada que pudieran haberle contagiado esos... ¡desgraciados! Lo que tiene es producto de todo el tiempo que vivió en la calle, pasó frío, hambre, las lluvias... habrá estado días con la ropa húmeda, durmiendo en lugares fríos.

Mientras mi papá hablaba, a mí me rodaban las lágrimas. Cuando me aparté un poquito para limpiarme los mocos, me di cuenta que a él también le rodaban. Se limpió rápido, para que yo no lo viera, pero ya lo había visto. Saqué unos pañuelitos de papel del cajón de mi mesa de noche y le di uno. Él sonrió.

—Quedate tranquilo que va a estar bien —dijo revolviendo mi pelo—. Y ¡te tengo una noticia súper genial! ¡Que te va a encantar! —Se levantó y caminó hacia la puerta—. Ahora dormite, que mañana ya traemos a Kika a casa.

Yo me quedé sentado en la cama, con la nariz toda roja de haber llorado y el pañuelo lleno de mocos en la mano. —¿No me vas a contar la súper sorpresa? —Me había dejado con la boca abierta.

—¡No! Mañana, cuando venga Kika les cuento a los dos.

—¡Pa! —protesté y salí corriendo detrás de él, que se metió rápido en su cuarto y se tiró en la cama. Me abalancé sobre él y le tiré un almohadón. A las carcajadas, él me dio con otro. Y así estuvimos un buen rato. Hacía tiempo que no escuchaba a mi papá reír de esa manera, con tantas ganas. En un momento en que nos detuvimos a tomar aliento lo miré, emocionado, ya hacía tiempo que mi mamá se había ido, lo sentíamos a cada momento y dolía más que cuando un amigo te miente, más que cuando te golpeás el hueso largo de la pierna, abajo de la rodilla, más que cualquier otra cosa que pueda pasarte. Dolía horrores, era como tener una herida en el corazón que no terminaba más de cicatrizar. Pero ahí estábamos los dos, riéndonos juntos otra vez, al fin. Papá me abrazó y me recosté en su hombro.

—¿Te gustaría que nos vayamos a vivir a Córdoba? ¿Con los tíos y los primos?

—¡No! —grité arrodillándome de golpe en la cama. Mi papá soltó una carcajada—. ¿Y mis amigos? ¿Y tu trabajo? ¿Y Kika? —Me resultaba impensable irme de Buenos Aires, de La Paternal, el barrio donde había vivido toda mi vida, la casa donde había vivido mi mamá. Todavía me faltaba un año de primaria, no quería cambiarme de colegio a esa altura, ¡cuando ya tenía decidido hasta que iba a hacer ahí mismo, el secundario!

—Bueno, bueno, no te alteres. —Me agarró la mano y me miró con dulzura—. Cuando Kika esté bien, nos vamos a ir de vacaciones a Córdoba ¡Pero después volvemos! —Rio. Y me di cuenta que volvía a ser el mismo de antes, el que me tomaba el pelo a cada rato, que le gustaba hacerme bromas para que me enojara, el que me «mandaba a trabajar», cada vez que le pedía plata. Mi papá.

Me tiré sobre él y lo abracé tan fuerte que se me cortaba la respiración. —¡Te quiero tanto! —dije hecho un mar de lágrimas.

—¡Yo también te quiero hijito! ¡Te amo con todo mi corazón!

Al día siguiente, por la tarde, fuimos a buscar a Kika, que ya tenía el alta, aunque debía seguir bajo tratamiento. Estaba algo demacrada y tenía los ojos tristes.

—¿No estás contenta con volver a casa? —le pregunté, sentado a su lado en el sillón de la sala.

—Sí...

—¿Y entonces por qué te ves tan triste?

—Tengo miedo de que Pablo me diga que me vaya —dijo casi en secreto.

—¿Y por qué te va a decir eso?

—Porque estoy enferma, porque nadie sabe quién soy, porque...

—¡Sos Kika! —dijo en voz bien alta mi papá, que venía de la cocina con una bandeja llena de cosas ricas y tres vasos de jugo. Se

sentó a nuestro lado en el sillón y le tomó la mano.

—Kika, no te voy a repetir todos los días lo mismo: vos sos nuestra, te queremos mucho, la jueza dejó que te quedaras acá porque yo quise que te quedaras acá ¿entendido? Nadie te va a sacar de esta casa. Aunque descubran que sos... africana, china, rusa, tailandesa o alienígena ¿está claro?

Kika sonrió y lo abrazó. Yo me tomé el vaso entero de jugo.

—¿Y si dicen que me tengo que ir a otro país?

—No, mi amor, quedate tranquila que eso no va a pasar. —Mi papá le abrazó la cabeza y me pareció que lo dijo con algo de tristeza.

Al día siguiente nos informaron que habían dado con el cuerpo de la Pola, en el cementerio de la Chacarita. Hasta localizaron en los depósitos de la policía, una carterita de cuero llena de papeles que tenía con ella al momento de su muerte. Todo en polaco.

29. Alicja Korsviensky

Cada vez que Kika fantaseaba —y sufría— con la idea de que la justicia se la llevara a otro país, mi papá se entristecía. Es que él sabía cosas que nosotros no. Pero ese fin de año, nos enteramos. Y también del diagnóstico final que le dieron a mi amiga: una afección pulmonar que derivó en asma. Nada grave, pero sí de cuidado, y de por vida.

Pasamos una navidad bastante bulliciosa, con Moni y su madre; mi abuela, que llegó de Gesell, y tío Hugo y su familia. Fue hermosa, pero inevitablemente triste. La ausencia de mamá nos golpeó muy duro. Aunque todos hicimos lo imposible por no llorar, no lo logramos. Cuando el reloj dio las doce y se levantaron las copas, fue mirar a mi papá y a mi abuela y fundirnos los tres en un abrazo colmado de llanto, que hizo lagrimear a todos. Predecible. Lo sabíamos.

Gracias al humor de tío Hugo, las monerías de mi primita y la dulzura de Moni y de tía Juana, lo superamos más o menos para la una de la mañana.

Yo le pedí perdón a Kika, porque era su primera navidad fuera de la calle (al menos que ella recordara) y la hicimos llorar también. Pero, como el ángel que siempre fue, me abrazó y me dijo al oído:

—No te preocupes, tendremos muchas navidades más.

Estaba acostumbrada a decirse a sí misma esas palabras. Cada una de las anteriores fiestas se había repetido lo mismo.

Después los ánimos cambiaron y recibimos un montón de regalos.

Al día siguiente nos visitó la jueza. Creo que todos contuvimos la respiración cuando la vimos, de pie, en la puerta de casa. Esta vez estaba sola, sin su simpático ayudante Efraín, pero con la misma sonrisa cariñosa de siempre.

—Vine a traerles lo que, creo, será un buen regalo de navidad —dijo, mirando a Kika. Tenía un sobre blanco en las manos, que se lo entregó, casi con emoción.

Ella lo tomó, temblorosa, y lo abrió lentamente. Era un documento. Y había otros papeles dentro del sobre. Los ojos de Kika se llenaron de lágrimas y nos miró de una forma tan, tan especial que jamás olvidaré. Pasó la vista por cada uno de los que estábamos allí, viéndola, embobados y expectantes, y en sus ojos brillaba una emoción contenida y suave.

—¡Tengo un plastiquito como el tuyo! —gritó con una sonrisa llena de lágrimas, cayendo a borbotones, como gotas de miel, de esos ojazos, que cada día yo veía más bonitos. Corrí hacia ella y la abracé

con fuerza; aunque en el fondo de mi corazón, sentí terror. Tuve, por un segundo, la loca inseguridad de que, en el documento, figurara con mi mismo apellido, que a mi papá se le hubiese ocurrido la espantosa idea de adoptarla y que entonces, fuera mi hermana. ¡No la quería como hermana!

Mientras mi papá, que ya sabía a qué venía la jueza, la invitaba, emocionadísimo, a sentarse con el resto de la familia, yo le quité el documento de las manos a Kika.

—Alicja Kor...s..viensky —Leí. Y le clavé los ojos—. ¿De dónde salió este apellido?

Kika levantó los hombros y ambos corrimos al patio, a preguntarle a la jueza. Ella sonrió.

—En ese sobre que te di, están tu partida de nacimiento y el registro de salida de tu país natal cuando tenías solo dos meses de vida. Aparentemente, fueron a otro lugar antes de embarcarse hacia acá, encontramos un papel de un buque albanés, aunque no podemos asegurar que hayas llegado en él. De lo que sí tenemos certeza es de que sos polaca de nacimiento, ahora estás nacionalizada argentina. Todavía faltan muchos trámites por hacer.

—¿Y cómo saben todo eso? —preguntó, sentándose al lado de la señora con su preciado documento entre las manos—. Que soy polaca —aclaró.

—Esa mujer que conociste como la Pola, fue quien te trajo, los datos coinciden, tu ADN con el de ella también. Probablemente haya sido tu abuela. Todavía estamos investigando.

Kika me miró con los ojos muy abiertos. Y yo igual a ella. Estábamos asombradísimos, pero en el fondo, creo que los dos sospechábamos algún parentesco. Éramos unos chicos muy inteligentes.

—¿Tiene familia en Varsovia? —preguntó mi tío.

La jueza entornó los ojos con dulzura. —No lo sabemos aún. Como dije, falta mucho por investigar. Todo esto es bastante inusual, al menos en mi juzgado nunca tuve un caso así, similares sí... pero no así —sonrió al mirar a mi amiga—, tuviste mucha suerte, mi querida. No podíamos tenerla indocumentada hasta tanto consigamos más información. —continuó, dirigiéndose a los adultos—. Todo se está averiguando. Ya veremos en qué concluye. Por lo pronto, lo único seguro es que esa es su partida de nacimiento, de Varsovia. Desde ese punto arrancamos. Ahora yo me voy a tomar unas vacaciones, pero la investigación continúa. Tengo otra cosita más. —Volvió a mirar a Kika —. Algo menos... feliz... Traje dos fotografías que me gustaría que vieras y me digas si conocés a estas personas...

Kika le devolvió una mirada de resignación, pude ver cómo suspiraba, tragando saliva con dificultad. La jueza sacó de su cartera

dos fotos y se las dio. Ella miró la primera, luego la segunda, asintió con la cabeza y se las devolvió con lágrimas en los ojos.

La jueza le acarició el mentón. —Nunca los vas a volver a ver. Nunca jamás van a volver a hacer daño a alguien. Te lo prometo — Kika apretó los labios y otra vez lloró.

Habían atrapado por fin, a Laura y a Guillermo.

Hubo que hacer algunos trámites más antes de salir de vacaciones, pero finalmente, el treinta de diciembre, partimos todos, mi abuela, tío Hugo y familia y hasta Moni y su mamá, con rumbo a las hermosas sierras cordobesas, a pasar las primeras vacaciones en familia de Kika.

—¡Nos vamos! —gritó mi papá al volante— ¡Los Etchegoyen y la Korsviensky!

Kika largó una carcajada mientras le hacía morisquetas a mi tío Hugo, que conducía el otro automóvil y acababa de rebasarnos.

30. Kika y Tiz

Todavía hoy, me veo en aquella playa, con mis diez añitos, sentado en la arena, mirando el mar. Y la veo a ella, cantando en polaco, con los brazos extendidos y la cara llena de sol.

Nueve años han pasado desde aquellas vacaciones, nueve años desde que murió mi madre. Hace nueve años que conocí a Kika en la vereda de mi casa.

Se ha transformado en una hermosa muchacha de veintidós y es quien me acompaña desde entonces. He estado enamorado de ella desde el primer día en que la vi empujando un destartalado carrito de supermercado por las veredas de La Paternal.

Con el tiempo hemos reconstruido parte de su historia y hasta hemos viajado a Varsovia. Tal como presentíamos, no encontramos a nadie de su familia. Es probable que, tras el nacimiento de Kika, hayan ido a vivir en algunos de esos países que entraron en guerra allá por el noventa y uno y que se mantuvieron en estado beligerante por diez largos años, probablemente Croacia.

Algo sucedió en aquel lugar. Algo que jamás sabremos. Algo que hizo que su familia se trasladara hasta allí, en plena guerra.

Aparentemente, su abuela huyó con ella, tal vez escapando de los bombardeos o de los soldados, o de no sabemos qué.

Existen miles de personas en el mundo que, «gracias» a las guerras, jamás podrán reconstruir íntegramente sus historias. Y que, como Kika, terminaron viviendo en la calle, comiendo de la basura, enfermas, abusadas, entendiendo apenas el idioma y siendo engañados, como la Pola, que seguramente creyó que dejaba a su nieta en buenas manos cuando la dejó con Laura y Guillermo.

A propósito de esos dos, declararon que la Pola —Sophía Korsviensky—, les regaló a la niña. No sabremos nunca si fue así. Kika, que conoció a la Pola —su abuela—, prefiere creer, y yo también, que la dejó allí para que la cuidaran, para que no tuviera que vivir en la calle. Por eso iba a verla todos los días, por eso, cuando se dio cuenta de que las cosas no iban bien, se la llevó de allí. ¿Si fue ella quien incendió la casa? Tal vez. Ya nadie podrá juzgarla por eso. Ni por nada.

Tampoco se atrapó a quienes violaron y golpearon a Kika. Nunca se supo nada de ellos. Pero Kika nunca pudo volver a andar sola por la ciudad, cuando llueve en invierno. Ni cuando cae la tarde.

Mi padre rehízo su vida junto a Moni y está muy feliz. Se mudó a la casa de ella hace dos años para dejarnos, a Kika y a mí éste, que ha sido nuestro hogar desde siempre.

Pero no crean que Kika y yo estuvimos pegoteados y juntos desde niños. No, señor. La señorita, llegó un punto de su vida en que me dijo: «Tiz, necesito estar sola un tiempo, saber qué hago, quién soy».

Casi muero ese día, pero papá me ayudó a comprenderla. Yo tenía diecisiete años y ella diecinueve. Se fue a vivir con una compañera de teatro. (Ah, porque siguió haciendo teatro y ha puesto en escena unas obras buenísimas). Seis meses después estaba de regreso. No hizo falta una sola palabra. Ni que ella explique, ni que yo pregunte. Nada.

Logró abrir talleres de actuación para niños en dos institutos de huérfanos. Terminó el secundario junto conmigo y, mientras yo sigo con mi carrera de medicina, ella ya se convirtió en asistente social, y trabaja con Silvia, que ahora es su jefa.

¡Ups! Acaba de entrar. (Había salido a hacer las compras para la cena de Navidad)

—¡Tiz! —me llama. Se asoma por la puerta, sabe en qué estoy. Se acerca y se pone a leer lo que estoy escribiendo.

—Ya lo tengo listo —le cuento.

—¿Puedo cerrarlo yo? —me pregunta con un mohín frente al cual me rindo, incondicional.

—Sí, querida —respondo con una sonrisa. Me besa en los labios y le cedo mi silla.

Hola. Yo soy Kika. Quiero contarles que soy muy feliz. Que, gracias a la vida y a este muchachito, el autor de estas páginas tan bonitas, soy una mujer plena a la que le han ocurrido algunas cosas muy tristes, como habrán leído, pero que ha estado también, rodeada de amor. Y he recibido mucha ayuda para poder salir adelante. Gracias a todos por habernos acompañado.

Gira en la silla y me mira con esos ojos de miel que tanto amo.

—¿Ya está? —le pregunto.

— Sí.

—¿Con todo lo que te gusta hablar y sólo escribís eso?

—¡Y si vos ya escribiste todo!

—¿No vas a decir nada de mí? —insisto. Ella resopla, revolea los ojos y gira la silla otra vez hacia la pantalla, apoya sus eternos y delicados dedos en el teclado y comienza otra vez.

Hola, soy yo de nuevo. Les cuento que mi adorado Tiz ya no tiene ataques de pánico, muy de vez en cuando le agarra alguno, pero se controla rápido. Del pequeño regordete que conocí hace nueve años sólo quedan esos insondables y maravillosos ojos color cielo y un corazón enorme, que se conmueve con todo ser desvalido que encuentra por el

camino. Lo amo con todo mi corazón.

El timbre suena. Es Salva, mi mejor amigo, que viene con su novio, Esteban. Más tarde vendrán Joaco y su novia, Elina. Franco se fue a vivir a Estados Unidos, hablamos por Skype hace un rato, en algún momento lo visitaremos.

Miro la pared, el cuadro sigue allí, Kika con los brazos abiertos y el viento en la cara. Lo observo y sonrío. Más abajo, hay una foto mía, estoy sentado en la arena, contemplando el mar. Las sacó tío Hugo, en Gesell, y en el aeropuerto.

Ella me mira desde la puerta esperando que vaya a reunirme con mis amigos. La tomo por la cintura y la beso. Se queda en el cuarto. Me detengo y regreso sobre mis pasos en silencio, la espío; está leyendo. Sonrío y voy a saludar a los chicos.

Fin

Frases polacas pronunciadas por Kika:

1. *Moia imiboschchsh:* pronunciación aproximada de **Moja miłość**, que significa: mi amor.
2. *Nie da leco moya*: pronunciación aproximada de **Niedaleko morza**, que significa: cerca del mar.
3. *Dobra bodrush*: pronunciación aproximada de **Dobra podróż**, que significa: buen viaje.
4. *Tutaj*: **Tutaj**, acá.

Otras obras de la autora

Lo imperdonable

Serie Galo Cienfuegos:
01. Una Carroza para Belén
02. La cruz de alabastro